

ÁNGEL CRUCHAGA SANTA MARÍA

ANTOLOGÍA

SELECCIÓN DE
PABLO NERUDA



EDITORIAL LOSADA, S. A.
BUENOS AIRES

ANTOLOGÍA

Poetas de España y América

COLECCIÓN DIRIGIDA POR
AMADO ALONSO y GUILLERMO DE TORRE

Publicados:

- MIGUEL A. CAMINO: EL PAISAJE, EL HOMBRE Y SU CANCIÓN
(Chacayaleras).
- SARA DE IBÁÑEZ: CANTO.
HORA CIEGA.
- RAFAEL ALBERTI: POESÍA (1938-1942).
ENTRE EL CLAVEL Y LA ESPADA (1939-1940).
PLEAMAR (1942-1944).
- ARTURO CAPDEVILA: CANCIONES DE LA TARDE.
JOSÉ PEDRONI: EL PAN NUESTRO.
- FRANCISCO LUIS BERNÁRDEZ: POEMAS ELEMENTALES.
EL BUQUE.
POEMAS DE CARNE Y HUESO.
- JULIO HERRERA Y REISSIG: POESÍAS COMPLETAS.
(*Estudio preliminar por Guillermo de Torre.*)
- CONRADO NALÉ ROXLO: EL GRILLO. CLARO DESVELO.
PEDRO SALINAS: POESÍA JUNTA.
- OLIVERIO GIRONDO: PERSUASIÓN DE LOS DÍAS.
EMILIO FRUGONI: LA ELEGÍA UNÁNIME.
- ANTONIO PÉREZ VALIENTE DE
MOCTEZUMA: SOL EN LA NIEBLA.
- HORACIO REGA MOLINA: RAÍZ Y COPA (Antología).
- JUVENAL ORTIZ SARALEGUI: LAS DOS NIÑAS Y OTROS POEMAS.
- FERMÍN ESTRELLA GUTIÉRREZ: NOCTURNO.
- GONZÁLEZ CARBALHO: SOLO EN EL TIEMPO.
LUIS CANÉ: LIBRO EN ESPERA.
- EUGENIO JULIO IGLESIAS: SOLEDAD.
VICENTE BARBIERI: NÚMERO IMPAR.
- JORGE LUIS BORGES: POEMAS (1922-1943).
- RICARDO E. MOLINARI: MUNDOS DE LA MADRUGADA.
- ALFREDO R. BUFANO: COLINAS DEL ALTO VIENTO.
DELMIRA AGUSTINI: POESÍAS COMPLETAS.
(*Estudio preliminar por A. Zum Felde.*)
- PABLO NERUDA: RESIDENCIA EN LA TIERRA.
- JUAN RAMÓN JIMÉNEZ: ANTOLOGÍA POÉTICA.
PEDRO PRADO: NO MÁS QUE UNA ROSA
- ANTONIO APARICIO: FÁBULA DEL PEZ Y LA ESTRELLA.
ALBERTO URETA: ANTOLOGÍA POÉTICA.

ÁNGEL CRUCHAGA SANTA MARÍA

ANTOLOGÍA

*SELECCIÓN Y PRÓLOGO DE
PABLO NERUDA*



EDITORIAL LOSADA, S. A.

BUENOS AIRES

61896

Adquiridos los derechos
exclusivos.

Queda hecho el depósito que
previene la ley núm. 11.723

Copyright by Editorial Losada, S. A.
Buenos Aires, 1946

IMPRESO EN LA ARGENTINA
IMPRESO EN LA ARGENTINA

PRÓLOGO

INTRODUCCIÓN A LA POÉTICA
DE ÁNGEL CRUCHAGA SANTA MARÍA

NI el que impreca con salud de forajido, ni el que llora con gran sometimiento quedan fuera de la casa de las musas poesías. Pero aquel que ríe, ése está fuera.

La residencia de las señoras musas está acolchada de tapices agrios y comúnmente van las Damas aderezadas de doloroso organdí. Duras y cristalinas, como verticales y sólidas aguas son las murallas de la vivienda solemne. Y las cosechas de sus jardines no dan el resultado del verano sino que exponen la obscuridad de su misterio.

Ésta es la manera y sacrificio de comenzar a frecuentar las estancias de Ángel Cruchaga y de Santa María y el modo de tropezar con sus números angélicos y digerir sus obstinados y lúgubres alimentos.

Como un toque de campanas negras, y con temblor y sonido diametral y augur las palabras del mágico cruzan la soledad de Chile, tomando de la atmósfera substancias diversas de superstición y lluvia. Devoluciones, compras, edad, lo han transfigurado, vistiéndolo cada día lunar con un ropaje más sombrío, de tal manera, que, repentinamente visto en la Noche y en la Casa, siniestramente despojado de atributos mortales parecería, sin duda, la estatua erigida en las entradas del gran recinto.

Como anillos de la temperatura del advenimiento del alba del día del otoño, los cantos de Ángel se avencinan a unos llenos de helada claridad, con cierto temblor extraterrestre y sublunar, vestidos con cierta piel de estrellas. Como vagos cajones de bordados y pedrerías casi abstractos, aun enredados de fulgurantes brillos, productores de una tristeza insana, parecen adaptarse de inmediato a lo previsto y presentido y a lo antiguo y amargo, a las raíces turbiamente sensibles que agujerean el ser, acumulando allí sus dolientes necesidades y su triste olvido.

Esos cajones dulces y fenomenales de la poética de Ángel guardan sobre todo ojos azules de mujeres desaparecidas, grandes y fríos como ojos de extraños peces, y capaces aun de dar miradas tan largas como los arcoiris. Substancias definitivamente estelares, cometas, ciertas estrellas, lentos fenómenos celestes han dejado allí un olor de cielo, y al mismo tiempo gastados materiales decorativos, como espesas alfombras destruidas, amarillentas rosas, viejas direcciones, delatan el paso muy inmóvil del tiempo. Las cosas del imperio sideral tórnanse femenina-

mente tibias, giran en círculos de obscura esplendidez, como cuerpos de bellas ahogadas, rodeadas de agua muerta, dispuestas a las ceremonias del poeta.

Las vivientes y las fallecidas de Cruchaga han tenido una tiránica predisposición mortuoria, han existido tan puramente, con las manos tan gravemente puestas en el pecho, con tal acierto de posición crepuscular, detrás de una abundancia de vitrales, en tan pausado tránsito corpóreo, que más bien semejan vegetales del agua, húmedas e inmóviles florescencias.

Colores obispales y cambios de claridad alternan en su morada y estas luces duales se suceden en perpetuo ritual. No hay el peso ni los rumores de la danza en los atrios angélicos, sino la misma población del silencio con voces y máscaras a menudo tenebrosas. De un confín a otro del movimiento del aire repite sonidos y quejas en amordazado y desesperante coro.

Enfermedades y sueños, y seres divinos, las mezclas del bastío y de la soledad, y los aromas de ciertas flores y de ciertos países y continentes, han hallado en la retórica de Ángel mayor lugar extático que en la realidad del mundo. Su mitología geográfica y sus nombres de plata como vetas de fuego frío se entrecruzan en su piedra material, en su única y favorita estatua.

Y entre los repetidos síntomas místicos de su obra tan desolada, siento su roce de lenta frecuencia actuando a mi alrededor con dominio infinito.

PABLO NERUDA.

Isla de Java, febrero de 1931.

LAS MANOS JUNTAS

(1915)

MI SOMBRA

MI sombra en la pared parece triste,
como la sombra que dejara un muerto.
¡Oh sombra atormentada
por el padecimiento de mi vida!
Cuando los amigos me abandonen
parecerás más débil y doliente,
y tendrás el temblor de la agonía
en el silencio azul de las callejas.
Amiga que me sigues
para decirme frases que me alivian,

Amiga, me conversas
del brote de los árboles,
de las luces dolientes de las calles,
de Dios, que me contempla
en el florecimiento de las cosas
y en los ojos cristianos de mi madre.
¡Oh sombra atormentada
la que brotó de mi cerebro triste!
Como un sueño de Dios en el silencio
de mi carne de luz y de neblina,
semeja un velo azul,
y cubre las heridas de Jesús.

HUMEDAD

EN la pieza he sentido la humedad
de la tierra benigna, como un soplo
que trajera la muerte.
Es la humedad que sentirá la estrella,
las almas que analizan
el desenvolvimiento de las cosas
en la malla indecisa del silencio.
Humedad de los huesos
que atormenta la luz y el imposible.
La humedad de ser triste

como un camino abandonado y hosco
en donde se recuestan las neblinas,
esas mujeres pálidas y enfermas.
En mi pieza en penumbra se doblega
un soplo de humedad, como una mano
fría que se acercara a nuestra carne,
la mano de un espíritu
que buscara la vida
para disolverla
entre sus dedos.
Contemplo las imágenes
de la pared y las encuentro tristes
como sintiendo miedo de la muerte.
He mirado las sombras
buscando unas pupilas
y en las manos frías, como un soplo
he tenido temblando
la onda de su alma.

¡OH CEREBRO DOLIENTE!

¡OH cerebro doliente que analizas la hora,
la estrella, la sonrisa, y los tonos del día!
¡Oh cerebro doliente donde duerme la aurora
y cantan las campanas de mi última agonía!

¡Oh cerebro doliente, analítico y claro!
¡Oh timón luminoso de una barca que boga
por un mar negro y solo donde parece un faro
la luna que a lo lejos resplandece y se ahoga!

¡Oh cerebro que exploras el campo de la nada
y ahondas en la vaga neblina del misterio!
Tú sabes de la muerte: desgarró tu mirada
más allá de los huesos del blanco cementerio.

Tú conoces lo real y lo desconocido
donde el ruido enmudece y las alas empiezan
donde Dios se levanta como un árbol florido,
donde cantan los ángeles y las vírgenes rezan.

Tú que ves en la sombra las cosas imprevistas:
pupilas que nos miran; astros desconocidos,
blancas constelaciones sueños de los artistas
y vírgenes que aroman paraísos perdidos.

Tú has visto las pupilas de Dios sobre las cosas
en la estrella que tiembla, en la sombra que besa,
en la madre que mira, en manos temblorosas
y como una aureola flotar en la tristeza.

¡Oh cerebro doliente que analizas la hora,
la estrella, la sonrisa y los tonos del día!
¡Oh cerebro doliente donde duerme la aurora
y cantan las campanas de mi última agonía!

LOCURA

CUANDO estoy en el lecho con los ojos abiertos
diviso tu vestido de sombra y de humedad.
Vienes de los rincones de esos cerebros muertos
que dejaron de pensar.

Locura, te sonríes con una risa fuerte
que no ha tenido nunca una mujer terrena
y siento tus pisadas resonar en la muerte
como un ruido muy débil de un pie sobre la arena.

Locura, en el jardín haces crujir los huesos.
Arrancan los espíritus que se acercan a verme
y hay en mí un balbuceo de los últimos rezos
y mi espíritu sufre sin poder conocerme.

¡Oh los miembros que esperan unos ojos irreales
para sentir la vida que se pudre y no sana!
¡Oh locura, doncella de ojos espirituales,
aproxímame al sol y aroma la mañana!
¡Oh locura, me agradan tus movimientos finos.
Tú no has sentido nunca celos de mi imposible.
Das sombra al corazón cuando va en los caminos
bajo Dios que lo mira con su rostro invisible.

Locura, reverencias mi amor y te arrodillas
ante mí, finamente, con la humedad del siervo
y afinan mis cabellos tus manos amarillas.
¡Oh tus manos fatales son las alas del cuervo!

A VIVIR

No he visto sus pupilas ni he sentido su halago;
las horas se doblagan sobre mi corazón
y todo es tan lejano indiferente y vago
que semeja mi vida un ciego en el rincón.

Mi silencio de seda espera la fragancia
de su risa que vuela como una mariposa.
¿Dónde están sus pupilas? Morirá en la distancia
como pintura antigua encantada y borrosa.

¿Y la hora lejana y blanca de morir
no se acerca al silencio? Seguirán las mañanas
y será una agonía cada alegre lucir
del sol en los cristales de las pobres ventanas.

Acaso en una tarde tercamente aburrida,
su silueta, en la hora doliente y desmayada
deje un perfume vago de muerte y despedida,
el último perfume que se elevó en su almohada.

Y pasará a mi lado. Miraré sus pupilas:
se hundirán en mi espíritu como anclas luminosas.

Será la tarde de oro. Las almas intranquilas
verán la indiferencia maligna de las cosas.

Doblará lentamente la dorada cabeza
y dejará un perfume y pasará sonriendo.
Y seguiré viviendo... Y seguiré viviendo...

DEL MOMENTO ÚLTIMO

UNA hora imprecisa. El cerebro dormía.
Quise entreabrir los ojos; fué inútil el intento;
y mi espíritu vió la postrera agonía
de mi cuerpo, gusano frío y amarillento.

Y no temió el espíritu; fué como una alegría
ver la vida muriéndose de refinamiento,
mientras el silencio de la pieza se abría
como un ataúd en la quietud del momento.

En los párpados muertos sentí la caridad
de tus ojos azules plenos de castidad,
de tus ojos mirándome en la nada perdidos,

y sentí la impresión del árbol que se marchita.
Abrió la eternidad su bóveda infinita
y uno a uno cayeron ante Dios mis sentidos.

LA VOZ QUE VIENE

Y tus ojos azules en las páginas
sentirán la agonía de mi espíritu
en un largo morir maravilloso.
Tus ojos me verán como un mendigo
que ha juntado los párpados y tiembla
sujetando la luz de las visiones
que en la carne se duermen como niños
que sienten miedo de los ojos malos.
En tu mano mi vida fué el maduro
fruto que se desprende en el silencio.

Se consumió mi sangre bellamente
en el lento cedazo de mi sombra.
Tú verás el dolor de los minutos
que en mis versos se agitan naufragando
en un cáliz de estrellas: mi cerebro.
Tú verás el impulso de mi vida
exangüe que te busca en el sigilo
donde pasó tu pie como un aroma.
Para ti fué mi corazón un mudo
que puso las preguntas en los ojos
y en las manos cansadas de esperarte.
Fuí débil como el perro que se encorva
y que tiene los ojos ahondados
de pensar en las cosas.

DEL RUMOR OCULTO

SOBRE el regocijo sabio de mi virtud,
de ser todo el silencio que no han violado aún
las voces terrenales ni el vuelo de la luz
esperan las mortajas de mi decrepitud.

En el nocturno miedo soy huracán y sutil
y río con las muecas que ahondan el morir
y entrego mis virtudes a la luz del jardín.
¿Me conoces aún? Me he empezado a podrir.

Sobre la aldea augusta de mi serenidad
tu vida se disuelve como un viento de paz
y vibras en mi ser como un débil cristal
que agitara una mano convulsa al expirar.

¿SU VIDA?

HACE ruido mi sombra detrás de mi cerebro
y sigo por las calles hundido en el momento,
y ya no me conozco, ¿de quién será mi cuerpo?
¿De algún desconocido que vino del infierno?
¡Oh sombra que me eclipsas!
Escucho el tembloroso corazón de tu aliento;
me muerden las arañas frías de tus cabellos.

Y creo que soy yo porque he pensado en Ti,
arco del imposible que pasaré al morir

regio de maravillas con el paso infantil
y enorme y armonioso porque he sido infeliz.
Y creo que soy yo porque he pensado en Ti.

No sé cómo me llamo, ni recuerdo mi voz;
pero siento la tuya como algo que murió
y la escucha mi muerte como una vibración
lejana y apacible del ala del Señor.
No sé cómo me llamo ni recuerdo mi voz.

No me pierdo en las calles porque dejo mi mal,
una huella de Ti, de tu serenidad.
¡Oh las huellas azules que esperándome están,
como todas las madres que respiran en paz
y unidas de la mano me sintieron pasar!
¡Oh las huellas azules que esperándome están!

LOS RINCONES

ELLOS parecen los ancianos tristes
que se quedaron ciegos, en quietud
y no hablaron con nadie.

Ellos sienten la voz que se reúne
como un haz de puñales en los cuartos
y aspiran el perfume
que brota de los ojos virginales.

¡Oh los rincones fríos que vigilan
como la sombra de los padres muertos!
Ellos son los humildes y los tristes
que alegra la sonrisa de los niños
y el claro corazón de las campanas.

La luz en los rincones se fatiga,
la luz teme morir sobre el tejido
débil y obscuro de las telarañas.

¡Oh rincones amigos,
mi taciturno corazón os busca
cuando la carne echada se fastidia
de no sentirse débil!

SONRÍE AL MUNDO

Tú debes sonreír, tienes un hijo;
yo no tengo unos ojos heredados
de los míos exangües y difusos.

Su cabellera rubia se sonríe
sobre la luz de las debilidades.
Las manos diminutas son un puente
para sentir la eternidad que tiembla.
Tú debes sonreír, tienes un hijo;

yo no tengo palideces y mi cuerpo
disuelta la maleza de la vida
ha perdido su sombra en el espejo.
Yo no tengo ni sombra y me sonrío.
¡Oh regocijo de los niños blondos!
¡Ojos azules de los niños débiles!
Manos diminutas, sois el triunfo
sobre mi muerte rítmica y viviente.
Tú debes sonreír, tus manos claras
sintieron la alegría del retoño
como si el agua entrara por los dedos.
Mis manos se sonríen en tu sombra
como dos ciegos que a la luz volvieran.
Hijo que no viniste por el tosco
recinto de mi cuerpo, tus latidos
los siento, los presiento temblorosos
como si un miedo enorme te anudara
la luz en los umbrales de mi vida.
¿Has sentido la muerte de tu padre?

JOB

Primera edición 1922

Segunda edición 1936

LA EVOCACIÓN DE JOB

SANTO del muladar, terrible santo,
tu alarido de piedra hacia el Eterno,
es una torre trémula de espanto.
¡Con tu cilicio se aromó el infierno!

Santo de Hus: tus llagas y tus manos
fecundaron las rosas.
Diste un rayo de luz a los gusanos
y hablaste del Mesías a las cosas.

Inefable profeta de Idumea,
Padre del mundo, de la muerte abuelo,
tu azul desgarramiento fué una tea
sumergida en la noche y en el cielo.

¡Oh milenario surco del tormento,
tu voz se alzó como una espina terca
hacia la amarga luz del firmamento!
¡Nadie estará de Dios nunca más cerca!

De tu sangre celeste y melodiosa
brotó la cruz y apareció el Mesías
que volaba como una mariposa
sobre la santa hoguera de Isaías.

¡Santo del muladar, lepra que canta
hacia los siglos como un bosque eterno!
Fué toda melodía tu garganta.
¡Aún la escucha Luzbel en el infierno!

A LA VENIDA DE JESÚS

TIERRA clara y sonora de los bosques profundos;
sombra de Jesucristo desde el cielo tendida,
suaviza tus montañas y tus mares jocundos,
de las estrellas viene Jesús sobre la vida.

Que se transforme en miel el corazón divino
de los árboles claros, bellos y estupefactos.
Viene el navío eterno que trae el vellocino.
¡Oh espíritu del Mundo, mostradle vuestros actos!

¡Oh brazos de las madres puros y transparentes,
recibid al Jesús dulce y maravillado!
¡Oh corazón inquieto de las hondas vertientes,
cantad sobre la vida como un Job inspirado!

Acariciad sus huellas, ¡oh jóvenes esposas!
Hasta Luzbel sonrío aclarando el infierno.
Viene Jesús, hablad, oh labios de las cosas
oscuras y olvidadas por el Pastor Eterno.

Dolores de los árboles profundos y cansados
que trasudan fatigas y temblores violentos,
cantad a los sonoros espacios estrellados
que perfuman los ángeles y atraviesan los vientos.

Cansancio de Luzbel; atroz monotonía
de sus cinco sentidos para el amor exhaustos;
semillas sin vigor; manos en agonía
que no acrecientan los últimos holocaustos.

Tierra de las miserias, carne de Job vencida,
prepárate al prodigio; florecerán tus llagas.
El perfil de Jesús se incrustará en la vida,
como la madre muerta en las horas aciagas.

¡Oh senderos del mundo, Jesús viene tranquilo
de las constelaciones infinitas y suaves!
Contempladlo avanzar en un dulce sigilo
Mueve su corazón las velas de las naves.

LA APARICIÓN

EN un monte apacible de ramajes oscuros,
como aquéllos del hondo Huerto de los Olivos,
apareció el Maestro de los momentos puros
llamado por el turbio tormento de los vivos.

Bajo un sol quieto y fuerte, amarillo de asombro,
el mundo lo esperaba, laxo de sufrimiento.
Para morir quería apoyarse en su hombro
como un infante rubio en la seda de un cuento.

El soplo de los siglos monótonos y rudos
no había desgarrado su claridad de lino;
más allá de su carne chocaban como escudos
las olas de los mares en un rapto divino.

Por sus venas azules deslizaban los ríos
sus aguas transparentes con un rumor de rosas
que deshojara el labio de gloriosos estíos.
En sus ojos estaban abismadas las cosas.

Desde el monte miró los límites del mundo,
los terrenos floridos, las ciudades enormes.
Ascendía del suelo un sollozo iracundo
que estremecía los campanarios deformes.

Jesús pensó en la dulce tierra de Palestina:
armoniosa en David; potente en Salomón,
y recordó su muerte en la áspera colina
dando pétalo a pétalo todo su corazón.

EL CANTO DEL MUSGO

EL musgo, verde como los pantanos
alzó la voz delgada y transparente:
"Soy el campo de musgo, el campo triste
que en el cielo se duerme.

Tiemblo todo
cuando un alma se acerca en el silencio
para no lastimarme.
No amo los cuerpos rudos; soy tan débil
que el paso de los hombres me destruye.

Adoro las pupilas de los niños
lejanos; las pupilas que son claras
como yo en la mañana; las pupilas
donde el óleo de Dios está en suspenso.

Cuando sonríen sobre mí, sonrío
y bajo el peso de sus pies me encorvo
empezando a morir, y las doncellas
de almas hinchidas como lonas firmes
por el soplo del mundo me destrozan.

Aleja, Jesucristo, a las mujeres;
en la distancia las presiento bellas.
Cuando se acercan tiemblo
porque juntan su cuerpo a mis raíces.
Las adivino sobre mí, desnudas.

Aléjame de todos los humanos,
sólo gozo la vida cuando rindo
el corazón al cielo, y me adormezco
en ti, Jesús. Entonces por el hondo
arco del cielo, cruzan las sonoras
alas de las aves, sumergidas
en el nido profundo de la noche.

Jesús, adoro el alma de los hombres
y el alma quieta de las cosas débiles
que no saben hablar.

Cuando estuviste
en la cima del Gólgota, en la muerte
me olvidaste Jesús, tu sangre eterna
no abrevó mis raíces diminutas
que se amargan y sufren en la sombra,
y pasarán los siglos y mis voces
se perderán, Jesús. ¡Mira mi muerte!

Hazme a todo insensible. Desfallezco
en la luz de la esfera. Como a un niño
que lo besaras en la frente, tiemblo.

Hazme morir bajo tus manos claras,
deseo adormecerme en tus pupilas.
Sabes, Maestro, ¡cómo hiere el mundo!”

.....
.....

La voz del musgo se murió cantando.

L A S P I E D R A S

NOSOTRAS somos un dolor oculto,
nuestros ojos internos están tristes
de contemplar el rostro de la muerte,
inmóvilmente adusto en el silencio.
Somos algo dormido para el mundo.
Duras y solas en la luz del cielo
soñamos con la nube que se pierde
como el ala nerviosa de los pájaros
en una aspiración de llama erguida.

Temblamos con el sol sobre la carne
y somos claras como las doncellas,
cuando el campo está verde, y el arroyo

en la lengua de Dios canta el paisaje.
Nosotras somos un dolor oculto
que nadie solivió. ¿Quién supo nunca
adivinar la angustia de los ojos
invisibles que esperan al Mesías?
Solas y tristes, en la luz, echadas
como mendigos a la muerte estamos;
el polvo del camino, santo pobre,
cubrió la desnudez de nuestro cuerpo.

Pero en nosotras como un canto dulce
una visión del cielo permanece.
Sabemos que los árboles floridos
sonríen al Señor que los anima.
Vemos que la montaña es una escala
para llegar a Aquél que no concluye.
Nadie nos ama; la mirada turbia
del hombre es un oprobio en nuestro duelo.
¡Somos como los niños que no lloran
porque los vence una visión celeste!
Tenemos la vejez del primer hombre.
Hemos visto el perfil maravilloso
de los siglos pasar contra los cielos
como planetas que a la muerte fueran.
Nosotras somos un dolor oculto
que a Dios envuelve desde la miseria.
¡Quién nos redimirá de nuestro duelo
amargo como el ala de un murciélago!

EL CANTO DEL HUMO

COMO una cabellera me destrenzo
en el viento de Dios maravillado.
Soy escala de luz hacia los cielos
y canto humilde de la tierra triste.
Soy como un sueño: nube, templo en ruinas
finjo en el aire, y mi dolor se ahonda
siéndolo todo al ascender muriendo.
¡Oh si vinieran, al subir, las aves
del Cristo y me llevaran en un vuelo!
Tengo la vida de la gota de agua:

cielo y luz, que agoniza en un latido,
tengo la levedad de un pensamiento,
soy débil como el niño que aún no vive
y ya muere en un limbo.

 Mi tristeza
es delgada y astral, como una virgen
que amedrentada huyera de su alma.
El sol me absorbe como las arenas
de los desiertos al arroyo. Viajo
como los serafines por el cielo
y me ven las estrellas y las cosas
morir en el espacio. Mi tristeza
cruza la vida como los minutos
sobre el rostro de Dios, sin dejar huella . . .

LUZBEL BAJO EL CIELO NOCTURNO

EN la siniestra sima del infierno
decrépito, sin paz, Luzbel yacía.
Su amargo corazón soñaba en Cristo
por el encanto primitivo envuelto.
Sus ojos, quietos en el cielo enorme,
cogían las estrellas temblorosas
y eran gotas de fuego en sus retinas
que vieron los timones de los siglos
hundir la eternidad maravillada.

La voz intensa de Luzbel se alzó:
"Cielo profundo, cielo de los ángeles;

ambiente de las alas y las nubes;
cisterna de los bálsamos eternos,
mi corazón se alarga como un labio
sediento de tu bien perseverante.
Siento en la salas el temblor antiguo,
la serenada luz de las estrellas
es una voz de madre que suspira
más allá de mi carne tenebrosa,
más allá de mis venas carcomidas
por el vicio del mundo.

Luz del cielo

suavizadme los ojos que se mueren,
haces de aristas que aguzó el pecado.
Alzó la mano para recibirte
como a un fruto maduro, cielo antiguo
que fué mío en los ojos y en las alas.
Constelaciones bajo el pie de Cristo
envolvedme la vida como a un pobre
que en las calles del mundo no halló amparo.
¡Circulad por mis venas cielo enorme!
Necesito en mi sangre las estrellas
y a Dios sobre las manos vacilantes
para besarlas al cerrar los ojos.
Sobre mi corazón deseo el mundo
para hacerlo sufrir junto a mis huesos,
para hacerlo morir junto a mi muerte.”

EL CANTO DE LAS MADRES

VIENEN las madres jóvenes, pálidas y vencidas,
las cabelleras sueltas al crepúsculo inmenso,
una corriente azul para lavar heridas.
Bajo el materno asombro, Jesús está en suspenso.

Vienen las madres tiernas, delgadas como espigas.
¡Oh trigo de sus vientres! ¡Oh pan maravilloso
de levadura eterna! ¡Oh miel de las cantigas
que perfuman al niño y aclaran al esposo! . . .

¡Oh vestiduras blancas avanzando en la hora!
¡Oh pupilas en éxtasis que claman a Jesús!
Un vasto corazón por la tierra sonora,
limpio como un infante que cantara en la luz.

Todas las frentes se alzan al maestro apacible;
el cielo es como un vaso femenino curvado.
Como un collar de vidrio se ha roto el imposible.
Oye el canto Jesús Crucificado.

“Que no sufran nuestros hijos.
¡Sería mejor la muerte!
Arroja tu paz profunda
sobre sus almas celestes.
Nuestra sangre te lo pide.
¡Oh Dios que aromó el pesebre
y que abrazó el universo,
como una madre sonriente!

Jesucristo, Jesucristo,
protege nuestros retoños
porque si van a sufrir
se romperán nuestros ojos.
Sería mejor la muerte,
mira qué débiles somos
y ellos tienen el perfil
suave aún como tu rostro.

Te lo piden nuestras manos
blancas, Señor, en tu cielo;
te lo pide nuestra voz,
el temblor de nuestros senos,
el cansancio de vivir,
la red de nuestros cabellos.
¡Jesucristo, Jesucristo,
por ellos sufren los huesos!

Hazlos reír, que no sepan
que los hombres sudan sangre,
que el amor es sufrimiento,
y que se muere en la tarde
el corazón sin hallar
el bálsamo que lo salve.
¡Jesucristo, Jesucristo,
mira el dolor de tu madre!

Deja que los niños jueguen
con la luna y las estrellas
y que sonrían al sol
que canta sobre la tierra;
deja que su algazara
perfume nuestra miseria.
Jesucristo, Jesucristo.
¿No eres un niño que tiembla?

LOS HIJOS DE JOB

SOMOS hijos de las llagas
retoños del desaliento;
llevamos la cruz del Cristo
en lo íntimo de los huesos.
¡Nuestro canto es un puñal!
que va a clavarse en los cielos.
Nacimos crucificados
como los largos senderos.

Nuestro canto es un abismo
que puede tragar el orbe.
Pasamos como los cuervos
por el cristal de la noche.
Estamos junto a la muerte.
Hemos llegados a los bordes
de este mundo y la esperanza
ha huído quién sabe a dónde.

¡Para qué luchar en vano
si nada ya nos consuela
y en nuestra túnica tosca
muerden todas las estrellas
como en un fruto maduro
donde la muerte se hospeda!
¡Para qué luchar en vano
si está maldita la tierra
y Luzbel tiende sus alas
de media luna siniestra!

Señor: espejo de oro
donde se miran los niños.
Somos los hijos de Job;
llevamos en el cilicio
una rosa del infierno
y un jazmín del Paraíso.
Pasamos como murciélagos
obscureciendo el camino.

Dáanos tu muerte, sabemos
que el júbilo nos olvida
y que hay ponzoña siniestra
en todas nuestras semillas.
Dáanos la muerte, Señor.
¡Rómpenos como a una lira!
Entre tus dedos azules
se irá sonriendo la vida.

Avienta en el horizonte
todo el mal que nos doblega
y sopla tus huracanes
porque pudiera la tierra
podrirse con el solemne
poder de nuestra miseria.
¡Que disuelva nuestras vidas
el viento de las estrellas!

EL HOMBRE MARAVILLOSO

CRUZÓ por los caminos dolorosos
mirando el agua, el árbol y la nube.
El primitivo albor de los sentidos
le dió serenidades de crepúsculo.
Llevó sobre los ojos ahondados
la figura de Dios; sufrió en las cosas
y su llanto cayó solemnemente
—lágrimas de montaña en la neblina—.

En la angustia silente de los árboles
bebió el suplicio de la tierra toda
y en los arroyos para bautizarse
el alma, penetró grave y desnudo.
Vuelos los claros ojos a la noche
vibraba en las estrellas; sus oídos
tensos como una cuerda recibían
el canto inmenso de los mundos.

Débil

y transparente su envoltura triste
traslucía las cosas como un vidrio.
En los jardines junto a las sonrisas
perseverantes de los niños, pudo
llenar su sangre de sonoridades,
tal un ciego en la luz del Paraíso.

EL CANTO DEL HOMBRE MARAVILLOSO

SEÑOR de los ojos claros,
regocijo y maravilla,
mira las cosas humildes
que claman por tu venida.
Han sufrido en el silencio,
y hoy contemplan tus pupilas
para pedirte la muerte
¡es una llaga su vida!

El dolor de los mortales
hizo los caminos turbios;
entristeció las estrellas
y dió amargura al crepúsculo.
¡Es una herida el pasado
y es una herida el futuro!
Es el bálsamo la muerte.
¡Míranos que somos tuyos!

Fuí por todos los caminos
oyendo cantar las aves,
las aves de Dios, ¡aquellas
que visitan a los ángeles!
y su canto era tan triste
que se secaban los árboles
y el arroyo enternecido
era un sollozo de madre.

Mira las cosas, Señor,
aquellas que son humildes
y que no alzan el lamento
hacia el horizonte triste.

Mira las cosas pequeñas
que siempre quieren morirse.
Sólo se alegran al ver
tus claros ojos felices.

¡Qué veneno doloroso
tiene la tierra en su seno!
Son un dolor los caminos
y una congoja los pueblos.
Todos te llaman, Señor.
¡Son los infantes serenos
que bendecían tus manos!
¡Senderos, niños, labriegos!

Es el afán de la muerte
que circula por las venas.
Quiere morir la montaña
herida por una estrella.
Y los hombres están tristes
porque es la misma tristeza
de Adán la que nos agobia.
¡Ya no hay una angustia nueva!

Es el cansancio, Señor,
de este mundo, igual, solemne,
con sus campanas monótonas,
y con sus lunas de siempre.
¡Qué gusano de desgracia
lleva la tierra en su vientre!
¡Qué mal de Saturno cae
sobre los árboles verdes!

EL CANTO DE LA CIUDAD

Soy la ciudad maldita que la lujuria doma.
Destrúyeme, Señor, bajo tu mano fuerte.
Quémame con tu fuego como antaño a Sodoma.
Sólo puede lavarme la ola de la muerte.

A mí vienen los hombres cansados y mezquinos
con su resto de luz y su áspera impureza.
Se estrellan en mis muros los náufragos destinos.
¡No hay júbilo que pueda engañar mi tristeza!

Sé de la muerte gris que trepa por los muros
como larga culebra de amargas contorsiones.
Se destilan en mí los momentos oscuros:
Soy un antro infamante que acaricia ilusiones.

En mí juega el destino como en una taberna;
la gloria y el amor florecen en los dados.
Yo soy sobre el abismo como una playa eterna
donde canta la voz agria de los pecados.

En mi danza procaz Salomé se desliza
y exalta su lujuria los sentidos oscuros.
Los corazones son ánforas de ceniza
que destruye la muerte entre sus dedos puros.

Evoco a Babilonia vetusta y armoniosa
que no escuchó a Daniel, dormida en su pecado.
Me reclino en la luz trémula cual la esposa
que sabe que la muerte en sigilo ha llegado.

Señor: tú que pudiste alzar de los escombros
sepulcrales a Lázaro, envuélveme en tu fuego,
quiero mirar la gracia que fluye de tus hombros
como se eleva el día en el alma de un ciego.

Toda la ambigüedad de la tierra poseo,
claridad y miseria, jardines y serpientes;
y la llama de seda que brota del deseo
canta en mí con la voz de todos los orientes.

Soy la ciudad maldita donde el juglar levanta
sobre la muerte el cuerpo lacerado y siniestro.
Con mi sollozo haría podrirse la garganta.
¡Soy una cruz enorme y en mí mueres, Maestro!

Encima de las torres donde tiembla tu veste
las almas de los niños juegan y su alegría
es un círculo de oro en el aire celeste.
¡Oh niños en la tarde, redentores del día!

Soy la ciudad maldita que ante Luzbel se humilla.
El infierno acaricia mis alas de vampiro.
Tengo los ojos turbios y la frente amarilla.
¡Que nos queme, Señor, la llama de un suspiro!

LA PALABRA DE JESÚS

Jesús miraba largamente el mundo
como a un rostro silente y desolado
por cuya carne caminó la muerte.
En la caverna celestial la lumbre
del sol se iba pudriendo como un fruto.
Jesús envuelto en su espiral de siglos
fijos los grandes ojos en las ruinas
de la tierra servil alzó la voz.
La esperaban temblando los escombros
y las ciudades y los mares de oro.

Se adormeció el sollozo de la tierra
y se escuchó en la cumbre de los cielos
latir las alas del milagro enorme.
Las estrellas oían las palabras.
La túnica celeste del Maestro
como la Virgen eclipsó la luna.
La voz se reclinó en el horizonte,
como mano de abuelo sobre un niño.
“En el recinto de los corazones
puse el compendio de mis universos,
y en el temblor profundo de los bosques
hice fluir la música del cielo.
La solemne dulzura de mi sangre
vibró en las cosas y en el hombre. Todo
se penetró de mí y en el latido
celeste de mi sangre estuvo el árbol,
el agua y la mujer maravillados.
El canto de los ríos era alegre,
porque salía de mis labios claros.
En las praderas verdes y jocundas
di voz a los arbustos y en las alas
de los pájaros puse resplandores
de estrella fulgurante sobre el agua.
En los montes adustos y tranquilos
floreció la leyenda y el prodigio
que bajan en el vuelo del crepúsculo
sobre las cabelleras infantiles.
Con mis manos heridas en la muerte
hice las almas y los corazones

y modelé en silencio la silueta
amarga y temblorosa del futuro.
A las madres les di mi propia sangre.
En ellas muero y resucito siempre.”

EL PRESENTIMIENTO DEL ÚLTIMO DÍA

CLARO presentimiento de la muerte
que hace cantar la tierra.
¡Moriremos! suspiran los cipreses.
¡Dios nos llama! sollozan las estrellas.

La montaña palpita
extasiada en la sombra de los cielos,
y la ciudad es una enorme herida
que canta por los campanarios trémulos.

Los árboles elevan
desde la tierra fértil un sollozo,
y se conmueven de pavor las piedras.
¡El nuevo día no tendrá retoños!

Viene la muerte, ya sus dedos palpan
los muros en silencio.
Hace temblar la luz de las ventanas.
¡La tarde se le escurre entre los dedos!

¡Viene la muerte! cantan los pastores
en los valles humildes,
y la bella vertiente de los montes
quisiera eternizar la tarde triste.

La tarde triste; la última campana
la llora como un niño
en sus sones que son una balada
de eternidad en valles de zafiro.

LA DESPEDIDA DEL SOL

LA postrera mirada grave como un lamento
lanza el Sol a la tierra moribunda. En el viento
canta como los mares una solemne voz
que hace mover la túnica de Dios.

Tierra, vetusta amiga desde el día sonoro
en que el Señor tendió sus piélagos de oro.
En ti dejé durmiendo mis fulgores más suaves,
iluminé tus almas, hice cantar tus aves
y en un abrazo loco te volviste mi sierva.

Me recliné en la hierba
como un niño travieso. Me deslicé en las ondas
de tus mares soberbios y florecí en las frondas.
Yo fulгурé en los ojos de todas las doncellas
y celoso después me enamoré de ellas.

Fuí en la ciudad el brillo y el amor. Los cristales
me esperaban temblando cual senos maternales
al hijo doloroso. La ciudad fué enjoyada
por mi luz y en mi beso se sintió enamorada.

Hoy me iré para siempre, mares, ciudades de oro:
me voy como un infante alejándome y lloro.
Rosas de los jardines, donceilas, ríos, montes
contempladme morir sobre los horizontes.
Ya no seré el romero que va por los caminos
hablándole de Dios a pobres peregrinos.

Ha llegado la hora en que yo muera, oceanos
azules con navíos trémulos y livianos.
Yo viviré en vosotros cuando me vaya, quiero
dormirme en vuestras olas; ya sé que así no muero.

Y el sol miró los montes y los mares en paz,
triste como el viajero que no volverá más,
y se fué lentamente borrando por el cielo
rosado, azul, celeste y gris como un abuelo.
Sobre todas las cosas se adormeció su voz,
hasta morir disuelto en el aire de Dios.

EL JUICIO FINAL

SAN Juan Evangelista, tus cantos eran ciertos,
ya vienen avanzando las cuencas de los muertos.
Se cumplen tus enormes profecías oscuras.
Del árbol del misterio caen pomos maduras.
Por todos los caminos se acercan al llamado
los muertos y en los cielos hay un rumor sagrado
y tocan los arcángeles las trompetas del juicio
sobre todos los mundos. Desde su precipicio
Luzbel escucha el són y tiembla entre sus llamas
como los moribundos que ven los panoramas

de la tierra alejarse. Luzbel sueña en el cielo primitivo y suspira: cubren su desconsuelo sus dos alas oscuras y quiere alzar su grito hacia la luz profunda y al sentirse maldito sobre sus hogueras desconsolado llora.
Dios deshoja el jazmín de la última hora.
¡Oh cráneos amarillos bajo la luz postrera avanzando al Señor que en el silencio espera!
¡Oh angustia inevitable que corroe al malvado!
¡Oh repulsión viscosa del hombre que ha pecado!
¡Oh martirio que trepa hacia los cielos hondos!
¡Oh sonos arcangélicos sobre los cráneos mondos!
¡Oh mirada del padre sobre todas las cosas!
Claridad de los niños; amor de las esposas.
¡Oh lamentos de Job! ¡Hogueras de Isaías!
¡Oh brasas de Ezequiel! ¡Llanto de Jeremías!
¡Júbilo de los santos! ¡Pasma de Simeón y loca pedrería del sabio Salomón!
¡Viene la hora última, la hora de San Juan!
En el pavor inmenso los huesos hablarán...

Valle de Josafat, camino abierto
hacia lo eterno, última jornada,
canto de piedra cuando todo ha muerto.
¡Oh posada de Dios, honda posada!

Borde del mundo, orilla de la muerte.
¡Oh sueño de San Juan en el delirio

donde el misterio como un sol se vierte.
¡Alba del cielo o alba del martirio!

¡Cómo brillas Señor sobre los huesos
de los que arrastran su esqueleto obscuro,
osamentas roídas por los besos
que aún tiemblan en la espera del futuro!

¡Oh tu claridad sobre el profundo
clamor de los que llegan al llamado!
En los últimos árboles del mundo.
¿Eres tú el que ha llorado?

Arboles que palpitan en el viento
y de dolor florecen. Tú quisiste,
Señor, que ellos tuvieran pensamiento.
¡Son una enorme cabellera triste!

Ha llegado la hora. De las bocas
nace un gemido en el espanto denso,
y parece el lamento de las rocas
al crepúsculo inmenso.

Dice la montaña: Ya la hora llegó
y suspira el rosal: Ya la hora llegó
y solloza Luzbel: Ya la hora llegó.

Y entonces tus dos brazos en el viento
se alargan en la cruz como dos ramas.
Invades como un sol el firmamento
y eres como una selva entre las llamas.

Y hasta las cuencas de tu voz se vierte
un resplandor y son los ojos de oro
y es un jardín de estrellas extáticas la muerte.
Y Luzbel tiene los cabellos de oro.

EL CANTO DE LOS MARES SOLOS

SOMOS la remembranza de la tierra vencida.
Necesitaba Dios nuestro vaivén profundo
que era ritmo en sus venas y en su carne florida
la invencible y eterna melodía del mundo.

¡Nuestro vigor es fuerza de estrellas y raíces!
¡Los árboles nos dieron sus moribundos bríos!
Soñamos en las claras y enormes cicatrices
que abrían las soberbias quillas de los navíos.

Como un collar perdido de piedras fabulosas
las estrellas nos hieren en nuestro sueño esquivo.
Somos la sangre turbia de las difuntas cosas;
el grito gutural del hombre primitivo.

Es nuestra rebelión de temblores y nervios
el eco de la tierra que se murió podrida.
¡Oh mástiles sonoros, oh navíos soberbios
llevados por los vientos primeros de la vida!

¡Que nuestros argonautas verán el vellocino!
En un dolor horrendo tiemblan nuestros ciclones
queriendo revivir el difunto destino
que fué sangriento y hosco como un tropel de leones.

Sabemos donde estaban las estrellas, sus rastros
quedaron en nosotros. Con dulzura de abuelo
iremos sobre el agua colocando los astros
que desprendió Jesús con su mano del cielo.

Seremos un vigor enorme y tenebroso.
En nuestras olas vibran inmortales tormentos,
la voz del Cristo rueda semejando un sollozo
lanzado de la cruz hacia los cuatro vientos.

JOB EN EL CIELO

Dios estaba de pie cuando el profeta
entró en el cielo. Sus pupilas hondas
eran los graves surcos de la muerte
y en su rostro la paz le sonreía
como un cristal copiando la mañana.
Al contemplarlo Dios tendió sus brazos
y el corazón de Job en un latido
su unió al fragante corazón del Cristo.
¡Eran toda la tierra y todo el cielo
juntos por una eternidad!

En medio de la música arcangélica
vibró la voz del Padre. Job lloraba.
“Oh tú que vienes hasta mi regazo
abuelo del Mesías, torre de oro
a cuya sombra ha palpitado el mundo;
sabio panal de Dios; jazmín ardiente
cuya fragancia nos envuelve a todos.
Más recio que los montes tus aristas
hirieron al Maligno en las entrañas.
Yo contemplé mi rostro en tu pureza
y conocí tu cruz antes del Gólgota.
Para ti reservé mis resplandores.
Estuve tanto sobre tus llagadas
carnes, que un día me faltó un latido
para que todo en ti yo penetrara,
porque en tu corazón vasto, mi cielo
era como una flor pequeña y suave.
Yo quise que tú fueras el bendito
crisol del duelo. Resistió tu arcilla
a las humanas pruebas, fué tu espíritu
ola de seda de la eterna playa.
Sobre el celeste airón de aquella ola
yo fuí de mundo a mundo.”

Job lloraba.

LA CIUDAD INVISIBLE

(1938)

EN EL ÉXTASIS

ERA tu amor el único digno de mi tristeza.
Se me volvió una llaga perenne tu belleza.

Hoy para no morir miro el rostro profundo
de mi madre. Mis ojos sienten llorar el mundo.

Y agradezco a mi Dios el momento encantado
en que mi corazón trémulo te ha mirado.

Y agradezco a mi Dios que vivas, que respire
cerca de mi quebranto aunque nunca me mires.

Pudo un banal amor encenderme las venas,
pero ellas en el cuerpo se volvieron cadenas.

Entregué mis estrellas hasta quedarme exhausto
y aquella amada nunca comprendió mi holocausto.

Tú, que estás inundada de cielo y eres clara
como si eternamente el Cristo te mirara,

perfumaste mis siglos, tu claridad me diste.
Era este amor el único digno de hacerme triste . . .

ESTÉRIL

MUJER, estás vencida y madre tú no fuiste.
Soportas un cilicio: tu carne transparente.
Pobre surco sin brote, aletargado y triste,
la boca del infierno te sorbió la simiente.

Mujer, tu corazón siente vergüenza y miedo
viendo a los niños ágiles jugar en los jardines
y hasta la Eucaristía tiene un sabor acedo
en tus labios dormidos para los hombres ruines.

Los ojos terrenales temblorosos de vicio
no sabrían amarte, mujer delgada y fuerte.
¿Por qué fuiste el madero que ardió en el sacrificio
del mundo? ¿Por qué Dios se gozó en ofenderte?

Cuando en el surco quede tu cuerpo soliviado
no temblará en tu muerte la cabellera blonda
de un hijo tuyo, fino, dulcemente abismado.
¡Si llamas de lo eterno no habrá quien te responda!

Pasan sobre tu vida los momentos hostiles
con una lentitud de ancianos desvalidos
y tus ojos se vuelven sabiamente sutiles,
como ante la presencia de rostros conocidos.

Mujer, estás vencida; tu corazón se pierde.
No escucharás al hijo sollozar cuando mueras.
Todo estará tranquilo en la pradera verde.
Y reirán los niños de blondas cabelleras.

D U L Z U R A

Los árboles tranquilos
me dan su augusta claridad. Los montes
suaves y puros son como los hombros
de aquella amada que no dijo nunca
la palabra que había de salvarme.

El vuelo de las aves
sigo serenamente con los ojos
y un desvanecimiento del espíritu

me separa del mundo.
¡Oh dulzura de miel para morir!

Abierto está mi corazón lo mismo
que un valle para Dios. En él perfuman
los alicantos del jardín lloroso
y pasan las abejas en un vuelo
suave como las voces de los niños . . .

COMO UN PERFUME

V IENES sobre mi vida
con la armoniosa claridad del niño
que amedrenta los ojos de la muerte
y ríe en el imperio de las cosas.

Mi alma como una red cogió la noble
y firme obstinación de tu belleza.
Sólo en mi tarde como en un milagro
dulcifiqué mis ojos para verte.

Mi sufrimiento, el amarillo enfermo
se acerca al sol para alegrar su rostro.
¡Cómo sollozaría
si lo envolvieran tus cabellos rubios
como dando limosna a mis sentidos!

Me penetré de tu hermosura entero
como los montes en la luz del Cristo.

No he besado tus párpados, pudiera
dejarte ciega de ansiedad; mi boca
sorbería la llama de tu cuerpo
como un perfume que se eleva al cielo.

POR LA TRISTEZA DE TUS OJOS

¡Y A es imposible que te llame esposa!
¡Oh la alegría de tener un hijo
que fuera de tu sangre y de la mía,
que tuviera mis alas y tus ojos!

Un hijo claro como tú, profundo
como el haz de los siglos. Ya no puedo
ni sonreír, mi corazón no sabe
perfumarse de flores en la muerte.

¡De quién serán mis alas y tus ojos
en un futuro que no miraremos!

No vagará por los jardines claros
el hijo que sonría por nosotros.
¡Y tus cabellos no tendrán retoños!
¡Nadie los besará cuando te mueras!

Hasta la muerte llorará tu encanto.
¡Un hijo tuyo para eternizarte!
Su corazón sembraría un bosque
sonoro y perfumado en el crepúsculo.

Ya es imposible que te llame esposa.
Sufren mis alas entre las estrellas.
Lloro por la belleza de tus ojos
y un grito lacerante de mi boca
le dice a Dios: Se pudrirán sus ojos,
sus ojos bellos hasta la tristeza.
¡Y qué encanto tendrá la tierra tuya,
ruda como el lamento de los leones,
obscura como Job junto a Luzbel!

CANTA MI CORAZÓN

CANTA mi corazón como las islas
de un ignorado mundo.
Nacen de mi cilicio melodías
de enredaderas en un viento obscuro.

Quién te miró los ojos
ha de quedarse hasta morir, inmóvil.
¡Allá en la eternidad será de piedra!

Yo adoré hasta la hierba
que estuvo cerca de tu encantamiento
y besé desde lejos
los árboles del patio de tu casa
y en el umbral de tu mansión por siempre
como un lebrél dejé tendida el alma.

CANTO DEL MAESTRO

GRACIAS, Jesús, por tu sabiduría,
por la mirada verde de los árboles
que nos solivian al vivir.

El mundo
se alegra en la algazara de los niños
que sostienen el alma de la tarde
en el naufragio de los mares rudos.
Gracias, Jesús, por las colinas suaves,
ondulaciones de tu cabellera.
Gracias por el impulso del arroyo

que pregunta a la vida por el cielo
y lo lleva en sus alas.

Jesucristo,
si no hubieras venido qué prestigio
tendrían estos valles de la tierra
que esperan el perfume de tu planta.
Si no hubieras venido, el sufrimiento
dentro del alma te adivinaría
con los ojos azules abismados,
herido por los siglos de los siglos.
El mar recuerda que tus pies divinos
lo domeñaron; la montaña oscura
te llama en el crepúsculo y suaviza
la cumbre para que la planta poses
sin lastimarte. En el trigal que ondula
hay una voz de niño que suspira
porque no ve tu corazón profundo.
Los árboles extienden su ramaje
queriendo acariciarte los cabellos.
Cuando te olviden morirán los ojos
como si el claro corazón faltara;
se caerán las manos como frutos
próximos a podrirse; la campiña
será amarilla como un rostro muerto.
Y en el silencio de las tardes hondas
cuando sería tu perfil un bálsamo
evocarán tu rostro los mortales
y al no encontrarte llorarán muriendo

y te irán a buscar en las entrañas
desesperados de vivir.

Y qué perfume quedaría al mundo
qué brote al árbol, qué sonrisa al niño
si no te vieran más los ojos tristes!

Pero vendrás, Señor, sobre la tierra.
Lo sabe el corazón que no se muere.
Te presienten las manos elevadas
para besar tu blanca vestidura.
Se suavizó la voz para llamarte
y es clara la pupila como un alma
de madre joven que sonríe al hijo.
Cuando vengas, Jesús, bajo los astros
como un gran corazón latirá el mundo
y será miel la savia de los árboles
y el alma, un lino, guardará tu rostro
para envolver el cuerpo cuando muera.

¡Quién temblará, Jesús, si va contigo,
si tu fragancia perfumó mi tiempo
como el ala de un ángel!

ANOCHÉ

LA muerte vino anoche en el silencio.
La esperé en la quietud como el mendigo
espera la limosna.

Mis sentidos
se abrieron en un cauce luminoso
para sentir su bien. Dos manos claras,
la sombra de dos manos femeninas
le cerraron las puertas de mi vida
y mis virtudes al abrir los ojos
la vieron alejarse avergonzada.

La Muerte vino anoche con el miedo
de la virgen que avanza en el umbral
del cuarto del esposo.

Mis sentidos exhaustos la llamaron
¿o vino en el silencio como el fruto
que en la noche desciende de los árboles?

S E D

HAZME suave, doncella, este momento
y tu virtud la llevaré al morir.
Le daré eternidad sobre mis huesos,
los pobres crucifijos de marfil.

Perfúmame la sangre y los sentidos
con tu palabra de fragante albor.
Mi corazón se ahonda y se hace bello.
¡Un árbol claro en que florece Dios!

Tu gracia persevera como el rastro
que en la tristeza abandonó Jesús.
Está sobre la carne aunque lo olvide.
Por Él podemos sonreír aún.

La huella de tu cuerpo se hizo eterna
sobre mi corazón, valle de miel.
Quise aspirar en tu cabello el mundo.
Tras de la muerte llevaré esta sed,

MARAVILLADO

EN la triste fragancia de su cuerpo
vivió mi corazón como los pobres
en la sombra de Dios.

Vino su planta sobre mis dominios
con el leve rumor de una palabra
que en la penumbra pronunciara un niño.

Me sonreí en silencio, como un ciego
que de improviso mira las estrellas
pintadas en la tela de sus párpados.

Tanto me deslumbró su maravilla
que todo el cuerpo se ha tornado suave
y pasan los minutos por los ojos
en un hilo de miel.

Junto a su tristeza
vivió mi corazón maravillado
y se fué destilando lentamente
como la miel en la colmena de oro.

LA SELVA PROMETIDA

I N T E N S A M E N T E

EN tu sangre dormida
nace la luna de los niños pobres.

Cuando cierro los ojos
busco en tu voz la juventud materna.

En mi collar de siglos
cae la luz de tus palabras nuevas.

Tu corazón
hará milagros como las reliquias.

En mi sollozo seguirás viviendo.

En un grito de Dios
por ti quisiera florecer los árboles.

EL CANTO ÍNTIMO

ACASO vine tarde
para besar tu mundo.

Sobre todos los montes el corazón se eleva.

Las alas crecen avivando hogueras.

¿Alegrará el abismo
el canto de los pájaros?

Acaso vine tarde
para arrojar mi red en tus estrellas.

¡Por qué cantaban
todas las playas en tu corazón!

EL SURCO LUMINOSO

I

MI pensamiento se murió en las alas.
Recojo estrellas
del racimo fragante de los siglos.
Los hombros de la muerte
se hieren sosteniendo un corazón.
Detrás del mundo mis pupilas viven.
Alas de llanto llevará un sollozo.
¿Vendrá sobre la tierra
la mirada que no he visto?
En mi tamiz la eternidad se cierne.

II

Son los únicos pasos
que se volvieron alas en el aire.
¡Guía la senda que perdió a su madre!
Las cumbres lloran sobre los humildes.
En el sol de una voz,
hasta la muerte quedará fragante.
De mi silencio nacerá un Mesías.
Un corazón lo sacrificará.
En el turbión del cielo
mis ojos se marchitan.

III

Madre, has venido;
bajo tu manto abrigarás al Cristo.
¡Ciérrame los ojos!
Me duele florecer en las estrellas.
Un rostro eleva
las alas en un vuelo de ángeles.
¡Madre!
¡Tú me hiciste nacer para mirarlo!

LA HORA DIGNA

UNA palabra ha perfumado el mundo.
La hora digna de morir
para no mirarme volvió el rostro.
Una voz enciende
estrellas en el canto de los ciegos.

El alma, en puntillas
busca a su madre para darle un beso.

En mis virtudes
se ha dormido un rostro.

Cuando entorne los párpados
de mi cilicio, nacerán los días.

Una canción se eleva
de los cabellos que no besé nunca.

VERGÜENZA

TENGO vergüenza de mirar el mundo
pues no me he hecho digno de tus ojos.

¿De qué sirvió la claridad del niño,
el encanto del valle
y la luna que canta
en los ojos eternos de la madre?

Tengo vergüenza de mirar el mundo.
¿viviré con mi sombra temblorosa
en el último amor —lágrima azul—
que se murió mirándote en tus manos?

¿De qué sirvió la suavidad del monte
donde vagaba el corazón? Tus ojos
van tan lejos de todos los caminos
que ya jamás los hallaré en el mundo.

LA VOZ DEL MILAGRO

TU voz abre caminos y parece llorar
sobre las cabelleras que nadie besará.

En ti rejuvenece la mirada sutil
de la madre que nunca pudiera ser feliz.

Siento mi corazón palpitar en tu voz
como tiemblan los ciegos cuando los mira el sol.

LA ORACIÓN TUYA

POR tus ojos tranquilos
bendigo la tristeza de ser puro.

Sobre la sangre melodiosa y suave
tengo una paz de cabellera blanca.

En el perfume de la tierra húmeda
te aspiro en un sollozo, tristemente.

Tus ojos y tus manos se despiden
de la tarde del mundo. Tus cabellos
son una red tendida en el ambiente.
En esa red, mi corazón respira.
Por tus ojos tranquilos
como la sombra fina de los árboles
sé que la muerte me será benigna.
¿Y qué virtud te di?

Sólo mis lágrimas
y el pálido silencio de mi rostro.
Sobre tus manos albas
dejara el mundo. ¿Quieres la doliente
cabeza del Bautista? Tu mirada
por los turbios senderos me persigue.
¡Por qué no moriría cuando niño!

LA ORACIÓN ANTES DEL SUEÑO

CUANDO cierre los ojos
perfumará mi sangre tu perfil.
El ritmo de tu última palabra
no me dejará morir.

He mirado los árboles, las sendas.
Rió mi corazón.
Y besando la frente de los niños
sentí a lo lejos fulgar tu voz.

LA ORACIÓN DE LA MAÑANA

Yo siento la alegría
de que otra vez el mundo sea tuyo,
de que repartas con la mano triste
hacia los cuatro puntos cardinales
la solemne dulzura de tu rostro.

Yo siento la alegría
de que te miren las montañas puras,
¡Todo estará alegre porque vives!
¡Cantarán los caminos
glorificados de mi corazón!

MI DESAMPARO

MI desamparo vive
en la última mirada de tus ojos.
Tengo la angustia de los valles tristes,
donde el pastor no dijo su sollozo.

Sorbo de luz materna
tu palabra me dió sobre las playas
de mi universo. Se encantó la hierba
del campo, como si un niño cantara.

En tu mirada última
he de vivir hasta el Juicio Final.
Llevaré las estrellas en mi túnica
como retoños de la eternidad.
Tiembla tu cabellera
en la amargada luz del corazón.
¡Cómo has llorado dentro de mis venas!
¡Y yo creía que lloraba Dios!

EL APÓSTOL

Todo el que lleva luz se queda solo.

JOSÉ MARTÍ.

SOLO como en los montes en la noche,
su corazón miraba los minutos.
Inundando de lágrimas el rostro
de su tristeza, en el morir reía.

¿Qué muro desolado,
qué hierba del camino
pudo decir el grito de sus ojos?
¡Le pesaba la luz sobre los hombros!

Solo como los montes. De la última
gota de sangre que cayó en el Gólgota
brotó su corazón. Sobre sus manos
largas y tristes se ahondó la huella
de las llagas del Cristo.

LA ORACIÓN DEL AMOR POSTRERO

SE adivina tu rostro en tu voz ondulante.
Tienes el corazón trémulo de la tarde.

Nadie te ha merecido. Tu sonrisa sutil
sobre sus alas tenues sabrá hacerme morir.

Busqué para mirarte el agua del Bautista
que ilumina el bosque confuso de mi vida.

Y nada me acercó a tu acerba ansiedad.
¡Con mis llagas de Job quise besar tu paz!

¿En qué estrella de Cristo pudiera hacerme digno?
¿Cómo alzar para ti los mundos sumergidos?

¿Y labrar en un grito sobre mi corazón
la escala fulgurante de Jacob?

LA ORACIÓN DESOLADA DE UNA TARDE

CONTEMPLA los retoños
para que cante el universo tuyo.
Yo me entraré llorando por tus ojos
que mueven el timón de mi futuro.

Contempla la montaña
que duerme triste porque no la miras.
Yo suspirando besaré tus alas.
La eternidad por ti me será digna.

Contempla la tristeza
de mi canción —araña por los muros—.
Con la voz besaré tu cabellera
para que cante el universo tuyo.

Contempla mi cilicio.
¡De tanta luz el corazón se muere!
¿Restaños la sangre de mis siglos
con tu palabra que no va a la muerte?

ETERNIDAD

¿QUIÉN enterró los siglos?
Hay una cruz que crece sobre el mundo.
Se agrandaron los montes
bajo los ojos inmortales.
El corazón se apoya en una voz.
Las alas hacen diferente el día.
Anda la palabra como unos pies pequeños
El azul ha nacido de mis venas.
Una colmena vivirá en mis hijos.

EL AROMA TENAZ

ESTA fragancia tuya se volvió sufrimiento.
en ella vivo como en un claro lamento.

Para sentirte más los ojos he cerrado.
El mundo está en mi sangre trémulo y abismado.

En cada monte busco las alas del Señor
para sentirme digno de este callado amor.

¿Qué sonrisa de niño podrá hacerme más puro
que la mirada tuya que me lleva al futuro?

Viviré con los ojos en tu añoranza fijos.
Por ti, mañana, acaso, serán tristes mis hijos.

EL VIAJE

I

LANZAMOS los aviones
en la loca conquista de los mundos.
Cantan las hélices dividiendo el día.
¡Iremos a las playas de Saturno!

De puerto en puerto,
en bahías de azul, en un crepúsculo
que agonice allá lejos en los brazos
de Jesucristo en horizontes de humo.

¡Recuerdos de la tierra!
plazas y torres en un cielo turbio.
¡Oh lejanas montañas de amatista!
hemos llevado el ancla del futuro. . .

¡Oh rumor de las hélices
que derraman estrellas en el vuelo!
Hasta el lejano mar quedó dormido,
pero su canto lo llevamos dentro.

¿Hacia qué playa vamos?
¿Será la luna nuestro puerto?
¿O iremos a morir en una estrella
que canta en el vacío como un ciego?

¡Estábamos tan solos!
La muerte nos corría por los huesos.
En un gesto de horror nuestros aviones
en el cielo de Elías se perdieron.

Nada queda del mundo.
Rotas las vestiduras
sentimos en la carne los luceros.
El corazón es un valle de luna.

Hemos subido tanto
que nuestros ojos mirarán la túnica
de Dios, y entonces en su llamarada
como rosas que el viento desmenuza
se romperán las hélices que cantan
hacia los cielos la armonía última. . .

II

Lanzamos los aviones
atravesando el día.
En torno de los huesos nos envuelve
una larga serpiente de ceniza.

Y aún cantamos en el horizonte. . .
¡Oh cielos de amatista,
mares de Dios, remansos de los mundos!
¡Nos mostrarás, Señor, todas tus islas!

Y en medio de huracanes, lejos sólo,
como a través de ventanales lilas,
pálido desde el fondo de los cielos
para vernos morir viene el Mesías. . .

Y así como los ángeles
giran en el viento de su nimbo

vuelan hacia la muerte los aviones.
El corazón se vuelca en un suspiro.

Y nuestras voces en la maravilla
se perfuman y elevan en un himno
y van nuestros aviones
estrechando la gloria de su círculo.

III

¡Cómo lucen las manos
estrelladas de Cristo!
Horizontes de seda abren las hélices.
Ya empiezan a morir nuestros sentidos.

Pero aún en el viento de la muerte,
en un canto suavísimo,
nuestros aviones en la playa última
vuelan en el aliento de un suspiro.

IV

Pero allí estás inmóvil, con las manos
llagadas, triste el rostro.
En ti suspira toda la Belleza.
El universo se apoyó en tus hombros.

Miras los mundos;
anclaron las estrellas en tus ojos
y cuando alargas en tu cruz los brazos,
llora tu corazón sobre los Polos.

Estamos cerca, cerca
de la sangre florida de tus manos.
Ya nuestro corazón es un recuerdo.
En el aire de Dios va nuestro espanto.

Nada sentimos, nada.
Como en la paz de las praderas verdes
el corazón se nos perfuma todo.
¡Acaso ya la eternidad lo envuelve!

V

Callaron los aviones;
se durmieron las hélices.
Sólo veo tus manos frente al día.
¡Estás inmóvil siempre!

Sobre tu corazón cantan las horas;
giran los ángeles; las estrellas vienen
a tu colmena como las abejas.
¡Díme, Señor, si penetré en la muerte! . . .

PROFUNDA

Es tu voz la mañana de los ciegos.
Andas y el mundo en tu dolor se mira.
Diste tanta belleza a los senderos
que no te pertenece ni la vida.

Derrochadora de ti misma, triste
como el que sabe que solloza en todo.
Dan deseos al verte de morirte.
Yo quiero al mundo porque amé tu rostro.

En un afán de suavidad elevas
tu garganta a los cielos desolados
y haces que el día por tu faz descienda
y se duerma a lo largo de tus brazos.

Tu gracia pertinaz todo lo ahonda.
Miras la tarde como a los enfermos
mientras la noche se alza de tus hombros
leve, en puntillas sin besar tu cuerpo.

Destila en el silencio tu tristeza
como de un árbol la resina. Tienes
arrasada de amor la cabellera
que tornasola el viento de la muerte...

MÁS ALLÁ

¿SERÍA en este mundo?
¿Más allá de qué tarde
dónde te vi?

Fué acaso en una estampa
atravesada por un vuelo de ángeles.

¿Allá en Jerusalén fuiste Verónica
o Ruth en el amor de los trigales?
Sólo recuerdo que tus ojos vieron

rodar la eternidad en las Pirámides.
Sé que tu corazón fué como Ulises
de mar en mar hasta morir buscándome.

¡Hace tanto tiempo!
El Coloso de Rodas en la tarde
se hacía de oro y en la lejanía
una vela de púrpura al combarse
era tu corazón que sollozaba
a través de la tierra y de los mares...

¿Sería en este Mundo?
¿Más allá de qué tarde?
¡Acaso seguirás por los planetas
en el silencio de mi Dios buscándome!...

MUJER ANTIGUA

Todo lo antiguo canta en tus profundas venas . . .
Babilonia, Bagdad, Nínive, Alejandría . . .
Eres esbelta como las mujeres de Atenas
y tu alma en un paisaje en mares de Oceanía.

Hecha de sufrimientos, tristemente elegante,
al Asia como a un árabe se vuelven tus pupilas;
sueñas en Samarcanda y vas en tu elefante
nimbada de zafiros por ciudades tranquilas.

En la tristeza de hoy no duermen tus sentidos;
no hay asombro que pueda encantar tu deseo;
lloras por los difuntos Jardines Suspendidos
o sufres en las islas fragantes del Egeo.

¿Qué oráculo siniestro, qué grave pitonisa
te hicieron vivir hoy, mujer antigua y sola?
¿De qué estrella te cae esa leve ceniza
sobre la cabellera fingiendo una aureola?

TU HIJO

I

DE aquel a quien no quieres tendrás mañana un hijo.
¡Cómo lo sentiré cerca de mi tristeza
pensando que él no pudo cantar el regocijo
de mis huesos fragantes de belleza!

Acaso será bello como tú, entristecido
por un ansia que le abra en un grito las venas.
Yo le presentiré levemente dormido
en la muerte de todas las colmenas.

Lo sentiré reír, ser dueño de los mundos
agitando su cuerpo como un incienso fino
y entonces mis exhaustos sentidos vagabundos
llorarán bajo el rostro del destino.

De aquel a quien no quieres tendrás un hijo: Piensa
que pude ser su padre porque a mí me quisiste;
pero él será en mi vida la última vergüenza:
¡En mi costado abierto irá su rostro triste!

II

Hijo de tus brazos,
hijo de tus pupilas desoladas,
que en ti canten los pájaros
sobre el lánguido vuelo de tus alas.

Hijo de tus manos
y de tu corazón ¡no fuiste mío!
Yo te había soñado
desde que Adán perdiera el Paraíso.

Hijo de tus cabellos
y de tu boca en el doior lograda.
Por tu futuro floreció el almendro
en el patio dormido de mi casa.

Hijo de tus noches
y de tu muerte, imán de tu costado.
Mi corazón giró como los soles
porque creía hallarte en el espacio.

Hijo de tu dulzura,
grumo de tu colmena.
Tú me querías y llorabas. ¡Nunca
ha de volver ya Dios sobre la tierra!

EL ÚLTIMO CAMINO

DESDE mis torres grises la desgracia descende
en espirales hondas y vencerla no puedo.
¿Dónde está la mujer triste que me comprende?
Solo en la eternidad sollozaré de miedo.

Un sinsabor eleva sus cantos como airones
lamentables y el mundo se hace descolorido.
Se me caen los astros en inmensos ciclones
y siento que mi día último está perdido.

Como un ancla en la muerte pude aferrar mi canto
—desesperanza, grito, boca de moribundo.
Me atravesó tu larga fragancia de alicanto.
Después de ti a ninguna amé más en el mundo.

Yo viviré en mi sombra con los ojos abiertos
sobre mi muerte y tú no sabrás quién he sido
y me confundirás acaso con los muertos.
Tu corazón dirá: ¿dónde lo he conocido?

Haré que mi tristeza como un pozo se ahonde
y es como una herida fragante la esperanza.
Ya sé que a mi sollozo sólo mi Dios responde.
Soy una antorcha azul que de alumbrar se cansa.

EN TU RED

Los ciegos en la noche
siguen al lazarillo de tu voz.
En esa red de la misericordia
se prendió la mañana del Zodíaco.

Volé tan alto que tus ojos nunca
me lograrán mirar. Sobre mis playas
más allá de Saturno, quedó inmóvil
mi corazón. El éxtasis perdura

y de aquel viaje sin retorno llevo
tu visión en los ojos lastimados.

Vives tan lejos de mi sufrimiento,
así como los mares de Oceanía
o como las auroras de los Polos.

Tu languidez llorosa tiende al día
el firme aroma de tus brazos lentos.

Hace mil años que en mi espejo triste
tu rostro quedó vuelto hacia mi vida
y desde entonces sobre las montañas
se alzan mis días para recordarte.

TU PRESENCIA

SÉAME dolorosa tu presencia
para que puedas ahondar mi grito.
Yo como pescador tiendo mis redes
y alzo de mí los días desgarrados.

Mi sufrimiento se pasea solo
a la sombra morada de tus árboles.

Tu lloroso perfil me transfigura.
Entró en la música de la maravilla.

Yo me he vaciado como un pozo vivo
para besarte con mi desventura.
Atravesé tu reino melodioso
en un divino remolino de alas.

Más allá de las torres invisibles
donde se elevan los palacios turbios
de la muerte que gime en sus estanques.

Séame dolorosa tu presencia
como si fueras a quemar mis párpados.

Yo fui siempre un romero,
vigía de los mundos.
Avizoré las noches que se estiran
como las velas de un navío negro
y aparejé mi vida
en los muelles dormidos del silencio.

EN ESTA LENTA LLAGA

TE daré mi archipiélago nocturno
y el día lacerante de mi muerte
iré a buscarte. ¡Nada más poseo!
Harás que mi pobreza me avergüence.

Rey de las cumbres,
mi reino empieza en el temblor de un ala.
Rey de las islas más allá del cielo
nunca mi corazón echó las anclas.

Yo tendí mis sentidos
hacia la eternidad, puentes de sombra
y atravesé los hondos hemisferios.
Sobre todas las playas fué mi ola.

A ti me quedé vuelto hasta la muerte
desde aquel día en que miré tu rostro.
¡Cómo me duele tu perfil hundido
en la lenta lanzada del otoño! . . .

LA SEDA DE TUS HOMBROS

Y A no temo a la muerte.
Me defienden tus manos y tus ojos.

Estoy tranquilo como un prado verde
donde sonríen los infantes de oro.

Ya no temo a la muerte;
Dios empieza en el canto de tus ojos.

Mi corazón se duerme.
como un ciego en la llama de un sollozo.

.....
Se alza la luna siempre
más allá de la seda de tus hombros...
.....

EL AMOR JUNTO AL MAR

EN mi silencio azul lleno de barcos
sólo tu rostro vive.
En el mar de la tarde el día duerme.
Eres más bella cuando estoy más triste.

Tiembla mi amor como una voz antigua
sobre la calma verde.
El sol cantando como los pastores
te dió su melodía hasta la muerte.

¡Oh tus cabellos en la tarde de ámbar!
Cerca de tu pureza soy más blanco.
Sé que jamás tu corazón sencillo
latirá en la tristeza de mis manos.

Eres más bella cuando estoy más triste.
En mi desgracia largamente vivo.
Soy en el desamor tan desolado
como los continentes sumergidos.

Tu áurea cabeza brilla
en la tarde sutil y soledosa.
¡Pobre mi corazón que está llorando
y hasta su Dios se va como una ola!

EN EL OTOÑO

UNA mirada triste, fragancias de azucenas
y el áspero recuerdo de que nadie me quiso.
Soy un ídolo obscuro que tiembla entre cadenas
pero aún mis ojos buscan el muerto Paraíso.

En un silencio firme han crecido mis alas,
Tengo la sensación de un inefable vuelo
más allá de las últimas y fragantes escalas
que unen la tierra tosca a la seda del cielo.

Miraré en el futuro unos ojos dormidos
que evoquen en su brillo los mundos sumergidos.
Será la amada triste, pura como un retoño

que vendrá por las sendas con los ojos abiertos
llorando en las estrellas y en los árboles muertos.
Yo estaré moribundo y será en el Otoño.

EL ÚNICO PLACER

Y mi único placer fué la tristeza.
En su pozo bañé mis pensamientos.
¡Y había tanto júbilo en mi muerte!

Yo no te hubiera amado en la alegría
que hace pequeño el mundo. Con mis ojos
sólo he mirado los caminos rudos
y el desencanto de los niños pobres.

Yo nunca tuve tiempo para el júbilo.
A través del cilicio
brotan mis alas suaves de ceniza.
Voy muriendo en el ala de los pájaros.

Hasta la hierba del sendero humilde
acrecentó el amor que a ti me lleva.

¡Cómo hacer el milagro
de darte eternidad como a los montes
y de mirarte hasta morir hundida
en la llama del cielo como el mástil
del navío de Dios eterno y solo!

MÁS ALLÁ DE LA VIDA

MÁS allá de la vida,
triste como una selva abandonada,
miro irse las horas
en las lunas, los pájaros y el agua.

Tu corazón sonrío
sin mirar mi fatiga.
Te arrancaron los ojos
¿en qué calle siniestra de la vida?

Yo me iba al futuro
como oliendo una flor
y presentí mi muerte
en el trémulo hilo de tu voz.

Yo me iba al futuro
con los brazos abiertos en la luz,
como se van las almas de los muertos.
¡Voy al futuro caminando aún!

Como a un infante triste
te llevé de la mano
por mis sendas dormidas
en un claro perfume de alicanto.

En haces de centellas
fulgió mi corazón. ¡No lo miraste!
Más allá de la vida está llorando,
como un niño en los brazos de su madre.

ALAMEDA DE OTOÑO

ALAMEDA fragante del Otoño
¡cuánto me duele hoy mi desamparo!
Hay una extremaunción sobre mis ojos
y una azucena gris sobre mis manos.

¡Por qué aparece tu perfil antiguo,
mujer en esta luz de mi desgracia!
Mi vida en el Otoño es un zafiro
que tiembla en el sollozo de una lágrima.

¡Oh vetusto misal de pergamino,
alameda fragante del Otoño,
alzo a ti el corazón como los lirios
azules hacia el cielo melancólico!...

L A S C O L U M N A S

SE han desplomado todas las columnas
sobre mi vida, sólo tú sostienes
con tu gracia la cúpula del cielo
¡oh santa amparadora de mi muerte!

En mi deslumbramiento soy un grito.
¡Cómo me inundas con tu cabellera!
y estoy tan lejos de tu maravilla
que nunca ha de acercarme la tristeza.

Voy con tus sedas, vivo en tus cabellos
y beso tu perfil en un suspiro
y vago solo cual los dioses muertos.
Llora mi corazón en tus vestidos.

Tengo las manos transparentes de alma
y nunca llegarán hasta tu rostro.
Se han desplomado todas las columnas,
la muerte caminó de Polo a Polo.

Pero en mis venas tu perfil fulgura.
Nadie me alzó más alto que tu gracia.
Me atravesé de amor como el Ungido
con las estrellas de sus cinco llagas.

ORACIÓN A UNA MUJER ADMIRABLE

EN tus ojos dormidos
hay un sollozo del antiguo mundo,
ciudades viejas y rosales místicos.
¡Todos los siglos dentro de un crepúsculo!

Quando mire tus ojos
serán las puertas de la epifanía.
He de sentir que Dios me besa el rostro.
¡Mi corazón se alegrará en sus ruinas!

¿Qué mano melancólica
sostiene la fatiga de mi cuerpo?
¿Acaso serás tú la única honra
en esta muerte aromada del cielo?

Yo quería dormirme
en mi tristeza de ala suspirante.
Mirando tu belleza soy más triste.
Tú perfumas los puntos cardinales.

¿Traes la paz sobre tus manos quietas?
¿De qué rincón del mundo
vienes con vestidura de azucenas?
¿Por qué antes de nacer yo no fuí tuyo?

LOS NUEVOS DÍAS

RECONSTRUYO mi vida y soy todo pureza
para que tú recibas mi claridad de infante.
De todos los abismos me salvó la tristeza.
¡Creí amargar el mundo en un instante!

He de buscar más luz en los árboles puros
y en las aves que tiemblan en la paz de sus nidos.
Inundaré de gracia mis sentidos oscuros.
Serán como los malos ángeles redimidos.

Fuí débil y sombrío antes de que vinieras.
No supe que la vida era un santuario eterno
y me hicieron llorar gloriosas cabelleras
y ahora tú me salvas del infierno.

Reconstruyo mi vida, suavizo mi tormento
y sonrío en tu amor como un fruto soleado
que se encanta en la leve maravilla del viento.
Y es una terca angustia cada antiguo pecado.

Mi agradecimiento cantará como un ciego
letanías de sol en tu alabanza.
Vivirás en un círculo de fuego
más allá de la última esperanza.

MOMENTO MELODIOSO

ERES sobre mi vida
una suave canción de ojos azules.
Nunca sabrás que soy como una llama
que besa agudamente tus cabellos.

En mi silencio quedarás dormida,
clara y azul como un jazmín de oro.
Aquietaré todo rumor del mundo
para que tengas el perfil sereno
sobre el espejo turbio de mi vida . . .

¡Pasarás como un canto
que va en puntillas para no morir!

CUANDO CIERRO LOS OJOS

CUANDO cierro los ojos yo sé que me quisiste.
Hasta mi sombra llegan tus ondeadas pestañas.
Vienes en un temblor maravillado y triste
y sin mirar mi muerte ríes y me acompañas.

Yo besaré las rosas que perfuman los muros
de mi casa tranquila. Sorberé la belleza
de vetustas ciudades en horizontes puros.
¡Seré como un panal que llora su tristeza!

Antes de que vinieras era el mundo un sollozo;
en sus redes de plomo me envolvió el sufrimiento.
Iba por los senderos sin hallar el reposo
cuando te acercaste besándome en el viento.

La gracia de tu cuerpo, tu hermosa cabellera
viven en mí: los besa mi sangre agradecida.
Algo tuyo hasta Dios iría si muriera.
Mirándome a los ojos has honrado mi vida.

Yo sé que me quisiste. Aunque Saturno tienda
sus redes sobre el mundo no besará el latido
que abrió mi corazón cuando vino a tu senda.
¡Toda la eternidad estaré conmovido!

AVIÓN

EXPLORADOR azul, buzo del cielo,
sembrador de estrellas
que deshojas el día con la hélice
sobre tus alas ícaro solloza.
En el viento restallas
como el océano en torno de las islas.
La ciudad te contempla
desde tus torres de silencio y oro
y tú volatinero de la luz
desmenuzas los puntos cardinales.

Cuando la tarde hace cantar los vidrios
de los barrios humosos
y en los árboles pobres llora el mundo
desciendes del espacio
y en tu hélice el sol se vuelve gris.
Explorador azul ¿viste en el cielo
a Elías en su carro fulgurante
sembrando estrellas?

Caes sobre el llanto.
Y cuando quedas en la sombra inmóvil
y se hacen tenebrosos
los discordantes mares taciturnos
el cielo arremolina
sus infinitas hélices de oro.

C Ú P U L A

Es mi corazón como una cúpula
llena de cantos. Hacia él suspiran
los mares y los ríos de este mundo.
Y todo este vibrar se vuelve al cielo
como en las alas de un arcángel hondo.
Me siento perfumado como un fruto
por la desgracia; pero siempre llevo
la música y la miel de mis abejas.

Ya sé que ni el amor consolaría
este duelo solemne de mi sangre.
¡El que ha volado mucho ya no puede
ver más que cruces en el horizonte!

O R I E N T E

UN viaje, un viaje inmenso para salir del mundo.
Atravesar la tierra como si fuera un huerto
pequeño y familiar. Ser siempre un vagabundo
y seguir el camino aun más allá de muerto.

¡Cómo irían mis ojos por los caminos lentos
del Asia en un vagar de hidalgo pobre y solo!
Mi corazón cernido de azules pensamientos
se hundiría en la gracia que encantó a Marco Polo.

Oriente que perfumas a sándalo y a cera.
Se arrastran tus serpientes, vagan tus elefantes
y Babilonia aún danza, como una bayadera
cuyas ajorcas tiñen de plata los instantes.

Judea que rezumas como un bosque fragancia
maravillosa, como que el corazón absorbe.
Por ti atraviesa el Cristo con su triste elegancia
de infante pensativo que ve morir el orbe.

¡Oh Persia de los sátrapas! Omar Khayan encanta
las cosas, mientras bebe su cántaro de vino
y lejos se oye un grito de ola que se adelanta
en busca de Jasón que asedia el Vellocino.

India de los marfiles y del Río Sagrado,
en cuyas aguas puras el tiempo se embalsama.
Es más bello Jesús abriéndose el costado
que la humildad celeste del Príncipe Gautama.

China de la muralla antiquísima y fuerte
que entre sus piedras rudas al tártaro sujeta.
País cansado y viejo que contempla a la muerte
con la pasividad estoica de un asceta.

Japón del día azul y del jardín enano
con garzas en el cielo sonrosado y jocundo,
país que dibujó un niño con la mano
loca por la alegría invisible del mundo.

LA HOGUERA ABANDONADA

SOLEDAD

¡OTRA vez solo! Agita la muerte sus anillos. . .
Yo la tenía cerca como una trizadura
del corazón. Y era mi único regocijo
sentirla andar, reír. Mi alma ya no la busca. . .

Se fué de mí. No pudo mi red echada al día
tomarla toda. Huyó tan lejos de mis alas
que al conversar conmigo yo la siento perdida
y sólo me consuela el pensar que fué amada.

Era el único orgullo quererla en el reposo.
Para sentirla más vivía en el silencio
y corría a lo largo de sus ojos
como un infante que tuviera miedo.

Yo la sorprendí que estaba lejos siempre
que a mí no me quería, ni al sol ni a la montaña.
Estaba más lejana que la muerte . . .
¡Pero yo amaba su perfil de lágrima!

LA ÚLTIMA

HALLADA de improviso
así como la muerte o como el júbilo,
dueña del día y dueña del destino.
¡Hallada ahora en el camino último!

¿Serás la amiga
o serás el amor hondo de música?
En los rincones se enfermó mi vida
y sólo me ha quedado mi dulzura.

Serás la amiga de los grandes ojos,
clara como una antorcha
que eleva su fragancia de heliotropo
sobre el gris pebetero de mi sombra.

Ojos sin límites
donde temblando se sostiene el día.
Ojos que hacéis mi corazón más triste.
Dolor de esencia tiene su fatiga.

Ya no tengo mi valle,
ya se borró mi última montaña.
Sólo vive la herida de mi tarde
y el silencio dormido de mis canas.

EL OTOÑO

FRENTE a la muerte, solo . . .
Tu mano no retuvo mi congoja.

Mi sufrimiento atravesó el Otoño,
leve, en silencio. Me dolía la honra
de ser tan triste. Acaricié el sollozo
que de mi vida levantó su ola.
La eternidad me perfumó los ojos

Frente a la muerte
como un infante que mirara un pozo
quedó mi corazón. Pasó la hora
de ser feliz. Frente a la muerte solo,
mi sufrimiento se me ha vuelto aroma.
Grano de mirra de mi tarde. Rostro
hecho de lágrimas. ¿Qué jardín solloza
bajo la azul ceniza de tus ojos? . . .

ADORACIÓN

ESTE mi amor no puede volverse un alarido.
A veces en él siento fragancias de ceniza.
Así en el mediodía se quemarán los trigos.
¡Yo no puedo llorar a Dios como las islas!

Atraviesas mi orgullo flameando tan cercana
que me emociono como si yo fuera algo tuyo,
pulsera de tu mano, collar de tu garganta,
y lloro contemplando tus pestañas de humo.

TU VOZ

¿MÁS allá de qué monte, de qué dormida estepa
lejanísima y sola viene tu voz de llama?
Eres como una herida de miel en mi tristeza.
Llegas como la tarde perfumando mi casa.

Voz que suspira como volviéndose una esencia,
voz que duerme en mis ojos y que muere en mis canas.
Te seguiré hasta donde se concluye la tierra.
Allá donde los Polos hacen girar sus alas,

o más distante aún, donde la luz no llega,
en un turbión obscuro que no encuentra una playa,
en la red melodiosa de la perdida estrella
que en olvidados mundos deja caer el ancla.

Voz que viene en la tarde a través de la hierba
¡oh voz que yo sostengo llorando en mis pestañas,
irás toda la vida velando mi tristeza
voz de la amiga que no pudo ser amada! . . .

MI REINO

ALAS de los pájaros, brote de los árboles, honda mirada
tuya.

Todo lo que sube hacia la luz me pertenece.
Torre de las tardes, monte que haces el día
en tu vientre, noche inmensa flor morada.

Todo es mío y lo entrego, amor, entre tus brazos.
No tengo más sortijas que las que el cielo llueve.

Inúndate de estrellas, mi amiga, que la noche
se duerma en la media luna de tus cejas.

Brazos tuyos que yo no vi en mi adolescencia
y ahora abren su arco de cometa en el cielo.

Brazos que alzan la flecha dolorosa del beso
con su sabor a muerte y con su herida de ancla.

Cabellera tuya, amiga, que estaba tras los muros
trémulos de los días que alzan ciudades negras.

Cabellera tuya donde cabe mi corazón
como un rostro desvaído en el canto de un ciego.

Yo no combé el primero la vela de tus años;
mi huracán vino tarde, pero te lleva envuelta
y yo sé que mi mástil se romperá en un grito
llevándote en la muerte, mi amiga desventurada.

Ahora te recojo, gavilla mía, en la red de mis canas.
Yo siempre estuve lejos de la llama del júbilo.
Por eso vine tarde hilando las Estaciones
desde las orillas del cielo hasta los brazos tuyos...

MIEDO

CÍRCULOS de llamas, soplos ventiginosos en torno de tu
vida,
dragones que te buscan ¡oh infinita cúpula del mundo!

Que la soledad te ciña en su túnica de fragancia
para que nadie pueda llevarte, orgullo de mis torres.

Yo lanzaré los ríos trémulos en tu busca,
para que te circunden y hagan de ti una isla.

En la soledad como la noche en un rincón del cielo
cantarás ¡oh pétalo sobre el que duerme el día!
En espiral, de llantos girarás vueltos los ojos
a mi hoguera en la que soy un leño de alaridos.
Nunca volé más triste que al mirarte en silencio.
Se torcieron mis días en remolinos buscándote.
Deshojamientos de caminos, desgarradura de los cielos,
hacia todos los horizontes gritó mi antorcha su llama.
Si tú fueras como los muros de una casa
caerían en la muerte mis sentidos.

Un miedo devastador me ronda como un murciélago.
Haz mi corazón una red con la Vía Láctea

y envuélvela en tu música como Dios a los mundos.
¡Grita mi corazón! ¡Asola como un incendio el cielo!
Alza una ciudad de espadas y de sollozos.

Que no huya de ti. Reténla como un pájaro
atado en el tembloroso collar de su melodía.

Apoyada en mi hombro la llevaré mirándola
hasta que los ojos callados en mí mueran.

¡Oh miedo de perderla, miedo de que en la noche
más allá de mis brazos heridos se disuelva!

ANILLO

EL anillo de mis brazos me quema como una herida
y tu cuerpo está lejos y la sed de ti me vence
¡oh poma remecida por el huracán del cielo!

Calles de sombras ásperas se agostan en la muerte,
calles que nunca irán en busca de tu casa
donde lancé mirándote para ti la última flecha.

Gira la rueda del mundo. Mi corazón no te mira.
Lanza una tarde de espanto sobre mí su luz morada.

Ola de la alegría. ¿Me quieres? Yo tengo miedo.
Ola que cae en mis brazos sobre tu hoguera tendidos.

Apresadora conmovida del momento de mi muerte.
Te quedarás grabada en el lino de mis párpados
y seguirás las líneas ardientes de mis manos
hasta el turbión sonoro en que la tierra concluye.

Edificadora de una nueva ciudad, puente último de mi
vida
traes el milagro como un niño una paloma.

AMADA MÍA

AMADA mía, amada en tiempos del primer arco iris
o allá en la creación junto a las primeras alas.

Desde la sangre de mi madre hacia ti vuelvo mi rostro.
Las abejas de mis almendros vuelan en torno de tus ojos.

Mi corazón, saeta gastada de noche en el cielo
atraviesa la paloma del día para borrarse en tu voz.

Alargas en tus ojos los hondos paralelos
mientras la mañana se eleva de tus brazos.

Te llevaré en la ola de mis venas
así como el cielo lleva su largo temblor de pájaros.

La tierra gira, mi amiga, en un rincón de tus ojos.
El viento distancia estrellas detrás de tu cabellera.

QUEMADURA

MÍA como mi mano que se cansó en la muerte.
Mía como mi sangre donde avanza su rostro.

Una onda de paz me corre por los brazos
cuando se vuelve a mí transparente de júbilo.

Clara senda de musgo, valle que es una herida
así la miro. Toda veleta a ella se torna.

Yo la he querido como los ciclones muriendo
en un grito que asorda las ciudades y el mundo.

Mía como esta mano que se torció en su busca.
Mía como esta boca que se amargó sin verla.

Mía como estos ojos donde se queda inmóvil.
Mía como este corazón que no la quema.

Mía más allá de mis muros, más lejos.
que el borde de la tierra donde mi Dios levanta
los arcos iris solos y los planetas muertos.

REFUGIO

CON la frente caída en un rincón de la tierra
yo te encontré. Eres mía. La soledad de tu incendio
arrojó los planetas en el pozo de tu voz.
Ahora estás alzando la casa de mi alegría.

Eras el abandono, la ciudad sepultada.
Sólo el viento te perseguía como un niño.

En un ciclón altísimo chocaban como piedras los mundos.
De tanto resplandor quedó tu perfil herido.

Abejas perdidas eran tus días desamparados
en el árbol del cielo que se curva en la noche.

No hubo playa para tu voz de flor invisible.
Cantabas con los ojos cerrados,
vuelta la faz al cielo, ánfora bajo la lluvia.
Yo escuché tu canción y se encendió mi lámpara.

ETERNIDAD

CANTO que no vacila, azucena tendida en el mundo,
alzas tu rostro de amanecer, mi amiga.

Vives como una esencia de languidez que sufre.
Nunca estiré las alas hondas como en tu busca.

Yo te soñaba antes que Dios sembrara el día,
antes que los soles giraran en los cielos

y que los mares aletearan en las costas.
Mi amiga desconsolada, me llevarás a la muerte
como un collar de tu garganta o una cana de tu cabellera,
algo humilde que te mire y que muera contigo.
Yo gritaré tu gloria encima de la tarde
como el muecín embrujando el crepúsculo.
Yo sólo puedo darte el pomo de mi desgracia
y el afán de la melodía que su abanico estira.

Desesperación del guerrero que perdió la ciudad.
Desesperación del ciego que no verá tu rostro
será la mía cuando te vayas ¡oh infinita!

Todos los espejos entonces serán negros.
Te llevarás la última mariposa.

LA SOLEDAD DEL HOMBRE ÚLTIMO

ÚLTIMO hombre del mundo, último hombre,
cuando no quedes más que tú solo bajo los cielos
frente a las montañas de incienso azul dormido,
cuando hayan muerto las ciudades y los pueblos
y sobre las tumbas ya no vuelen los pájaros
ni los aviones azoren locos el firmamento.
Hombre último del mundo viviendo entre cenizas
bajo el arco trizado de humo del recuerdo.
Cuando ya las ciudades se desmoronen solas
y vivas hondo, como un timón en el tiempo
y la eternidad te atraviese de flechas

y claves los ojos como los leprosos o los perros.
Hombre dueño de todo, de los valles, del río,
de las ciudades donde florecen los almendros,
de las torres con su campana que se ahorca
en la mirada gris de la muerte y del viento.
Hombre caminarás vestido de fragancias
de las mujeres que detrás de los muros se han muerto.
Llevarás en tus ojos todas las agonías
y llorarán tus manos, tu voz y tus cabellos.
Como las malezas creciendo sobre el mundo
será sólo maleza de desgracia tu cuerpo.
Dueño de la tierra como Adán en un grito
lanzarás tu corazón como un cuervo
hacia los caminos que van crucificándose
en la cruz invisible y leve de los vientos.
Todo muerto: los árboles, la fuente, la mañana.
Será un vitral roído y pudriéndose el cielo.
Rotos los muros donde pendían las imágenes
—muros que miraron tanto perfil muerto—.
Último hombre del mundo. ¡Oh canción detenida
en su curso! Recodo de la tarde del tiempo.
Dueño de las islas que lloran, quemadura
inextinta de Dios en la tierra, viajero
que no dirá su canto a la mujer ardida
que lo ciñó en sus brazos como la sombra a un ciego.
Hombre de piedra, muro que mira a los ciclones,
dueño de su alegría, sutil espejo negro
¿qué huracán de sonidos se entrará por tus venas
cuando como un avión en llamas se caiga el cielo?

EL CANTO HUMANO

I

¡OH cuerpo que adoramos, pozo del regocijo,
que buscas el placer como un pan el hambriento,
santificado cuando florece en el hijo
que besara la tierra, los rosales y el viento!

Acaso nunca hallemos la fuente de Juvencia
para darte una noble eternidad en este
mundo breve y acedo que ha perdido tu esencia
milagrosa y las claves de tu alquimia celeste.

¡Oh cuerpo limitado en ti nada perdura!
Temblante sorbo de agua que Jesucristo apura
con la divina boca y el corazón soleado.

Acércate a su paz, ¡díme por qué vacilas!
Con suavidad de esposa bésale las pupilas
que desde Adán mirando el infierno han llorado.

II

Cuerpo de la mujer, claro como un sollozo
que fulgura en la noche de granates dormidos,
zona de la esperanza, reseda del reposo,
hacia tus brazos van trémulos los sentidos

Cuerpo de la mujer, país de la alegría
que adivinamos con un deleite jocundo
desde tus hombros sube su marejada el día
y de ola en ola crea cada mañana el mundo.

Cuerpo de la mujer, leche y luz en las venas;
aureola del tiempo, visión de las escenas
del pasado, de hoy . . . tú sabes sonreír.

En ti cantan los árboles, los arroyos, las rosas.
Como el paso de un niño maravillas las cosas.
¡Y si eres como Dios no debieras morir!

LA TARDE SERENA

SOBRE mi corazón, como un niño sonriente
bajo el materno rostro el trigal se ha dormido.
Presiento que perfuma mi sangre eternamente
¡si parece que ayer yo no hubiera vivido!

En la humildad campestre se hace la voz más tierna;
los sentidos recogen semillas en el viento.
La tarde es una pródiga y trémula cisterna
de Dios, en el camino áspero y ceniciento.

Para no despertar el trigal en reposo,
camino lentamente por el prado oloroso.
Presiento que el instante en mí se hará fecundo.

La montaña y el cielo son un silencio grave.
Es tan sutil la hora que si aleteara un ave
por el aire dormido se moriría el mundo,

P E R F I L

QUERÍA eternizar tu perfil armonioso,
suave como los niños, triste como un sollozo,
pero cayó en tu alma como una negra veste
el ala de Luzbel. Mi corazón celeste
ha llorado en la sombra sintiéndose vivir.
¡Acaso nunca más lograré sonreír!
Te llevé de la mano y mi universo viste.
La única gracia tuya fué la de hacerme triste.
Para sentirte más desconocí el pecado
y te di mi pureza como un cielo volcado

y a mi quebrantamiento lacerante y sutil
lo perfumé de Dios mirando tu perfil.
Para quererte más ser eterno quería.
El ritmo de mi sangre se hizo melodía
y en todos los momentos te llevé mi cantar
como los paralelos floridos sobre el mar.

JÚBILLO

Tu rostro ha sido siempre la fiesta de mi día,
la fiesta del orgullo y la melancolía.

Me cerca el corazón tu trémula aureola.
Tu belleza es tan honda que te ha dejado sola.

Mueve sus pedrerías el humo de tu voz.
Por ti sentí la clara herida de mi Dios.

Te daré mis abejas y mis jazmines puros
y el roce de los ángeles que tocaron mis muros.

Yo no te pido nada. Yo sólo sé quererte.
Es la única alegría que habrá antes de mi muerte.

HORA DE LA ADORACIÓN

CON una intensidad de llaga y de alarido
te querré hasta que seas el único latido,
la única voz que adore, la única dignidad
que lleve hacia el ciclón que va a la eternidad.
Amarte así con alas y suspiros al vuelo
como si penetrara sin saber en el cielo.
Amarte porque fuiste mi fragancia y mi asombro.
¡Por tu cabeza es suave para siempre mi hombro!
Amarte en una onda de miedo y de cilicio,
amarte hoy, mañana y en el Día del Juicio. . .

Matar al hombre triste, domeñar el orgullo;
vivir en el silencio como un espejo tuyo.
Y un día, mudo y solo, en éxtasis quererte
y hallarme en el camino del brazo de la muerte . . .
Y si tú me llamaras, mujer, en ese día,
yo, más hondo que Lázaro, hacia ti volvería . . .

AFÁN DEL CORAZÓN

LA MUERTE SUYA

Los brazos están pobres, la luz descolorida.
Entre la luz del cielo cansado el mundo rueda.
Huracán de cenizas cayó sobre mi vida.
¡Qué lejos está inmóvil tu albo perfil de seda!

No vuela el corazón con los pájaros puros.
Mi espíritu va en flechas hacia la eternidad.
Se caen en la noche los planetas maduros
y llora el caracol de mi honda soledad.

Mi corazón amargo ¡yo nunca fuí más triste!
Se apagaron mis lámparas, murieron mis vitrales.
Te llamo hacia los vientos hacia donde te fuiste
abriendo con tu rostro los puntos cardinales.

Y todos te lloraron y sollozó la casa
con el crujido triste y oscuro de sus puertas.
¿A dónde se ha marchado tu corazón de brasa
atravesando estrellas con las alas abiertas?

Y la mujer más bella que mira lento el día
también lloró por ti con los ojos cerrados.
Si ayer mi corazón amarla no sabía
ahora he de quererla con los brazos clavados.

Hablabas tú, mi madre, del almendro florido.
Su gratitud de humo te llevará en el vuelo.
Te llevaste sus flores a besar al Ungido
más allá de las islas musicales del cielo.

Desvaídos los ojos, silenciosas las manos,
echado el corazón a morir en su hoguera
¡cómo sentí llorar de amor mis océanos
y dentro de mis manos la Creación entera!

No mirarás el álamo dormido de tu huerto,
ni el lirio azul que eleva su canto de rocío.
Todas las cosas dicen: ¡su corazón ha muerto!
¡Y yo nací de ella para morir, Dios mío!

Con el cabello gris y la palabra herida
mis pensamientos saben a soledad y a grito.
Mi eternidad ahora parece sumergida
en el áspero y turbio pozo del infinito.

Rodeada de silencio de arcángeles en vuelo
viviste, altos los ojos, las manos en fatiga.
Ahora está trizada la cúpula del cielo
porque se ha extinguido tu claridad de espiga.

Los brotes de los árboles no mirarás mañana
ni el heliotropo suave se encantaré de verte.
La abeja de este sol solloza en mi ventana
y tengo las dos manos tendidas a tu muerte.

EN LA TRISTEZA

PORQUE ella avanza en una lenta herida
¡ámala, mi corazón en la desgracia!
Porque duele el fluir de toda ola
¡ámala, mi corazón en la desgracia!
Porque en sus brazos llora el arcoiris
¡ámala, mi corazón en la desgracia!
Porque su espejo se quemó llorando
¡ámala, mi corazón en la desgracia!
Porque su corazón es una isla
¡ámala, mi corazón en la desgracia!
Porque es tan bella y porque ha sido triste
¡ámala, mi corazón en la desgracia!

MI SOLEDAD

PARA adorarte permanezco solo,
solo con mi huracán y mis planetas.
En un temblor de musgo y de rocío
vienes a mí con los párpados juntos.
Ya no lloras después de tanta herida,
pero en tu voz da luz mi sufrimiento,
y tus dos manos son sobre este mundo
la angélica escultura de un sollozo.
Vivo detrás de celestiales muros
en un callado día de reseda.
Para adorarte no veré a la esposa

ni al ondulante corazón del hijo.
Esta felicidad de haberte amado
hará que sea tuya
en el vivir y en el morir mi lámpara.

LETANÍAS

TORRE que contempla mi último día.
Yo te he querido siempre.

Fiesta en la vorágine de mis cinco sentidos.
Yo te he querido siempre.

Saeta que está volando desde el primer día del mundo.
Yo te he querido siempre.

Valle de los pobres que aún no pueden morir.
Yo te he querido siempre.

Báculo de los planetas dorados de sueño.
Yo te he querido siempre.

Lanzadora de los días hacia el horizonte.
Yo te he querido siempre.

Mano que me levantará del polvo en la hora de la
Resurrección.
Yo te he querido siempre.

Lámpara del amor atravesado de música.
Yo te he querido siempre.

Amada que maravillas los espejos.
Yo te he querido siempre.

Hombro donde se reclina la tristeza.
Yo te he querido siempre.

Herida rodeada de pájaros.
Yo te he querido siempre.

Canción que agita las enredaderas del tiempo.
Yo te he querido siempre.

Amatista que llora con los ojos cerrados.
Yo te he querido siempre.

Música de humo movida por un pájaro de alas azules.
Yo te he querido siempre.

Escala triste de pestañas con lágrimas.
Yo te he querido siempre.

Abeja de otro mundo que viniste hacia mí.
Yo te he querido siempre.

Cáliz donde se vacían los altos ríos del cielo.
Yo te he querido siempre.

MUERTE DE NOCHE

SU vestidura adormeció a la muerte:
Ella venía de amatista y oro.
Eran sus ojos en la noche verdes.
¡Yo no puedo olvidarme de sus ojos!

Yo la he querido, la he querido siempre.
La vi en las alamedas del Otoño.
Como una flor se me prendió en las sienes
y en la desesperanza de mi rostro.

Ahora en mí llorando permanece.
Cuando cierro los ojos la conozco.
Tiene el andar de humo de la muerte.
Es un sollozo y vive en un sollozo . . .

Esta noche mis lágrimas conmueve.
Yo soy el grito que no halló el reposo.
¡Yo la he querido, la he querido siempre
oh mi adorado trébol melancólico!

En esta noche que cenizas llueve
(antes llovía su cabeza en mi hombro)
¡díme tú cuándo se entrará la muerte
por esta casa para estar más solo! . . .

AFÁN DEL CORAZÓN

Yo te agradezco el día que en ti concluye —¡oh salvadora!—
como el límite de la vida o el borde de tu cabellera.

Llevo la noche en mí tendida sobre mis hombros,
como el humo de las tardes quemadas en el mar.

Después de haberte hallado pude gritar mi orgullo.
Cabeza triste, frente donde cabe mi corazón, ojos de
trébol.

¡Más allá de la muerte qué habrá más hermoso que tu
cuerpo!

Tu silencio me envuelve como las grandes nubes al cielo.

Echo la red allí donde la noche mueve su collar húmedo
encima de los montes cerrados como la casa del que ha
muerto.

Sé cómo vive en mí el perfume de tu cuerpo en la
sombra...

Te seguía a través de los días como un aullido en el
tiempo.

No hubo agonía en mi corazón que no se penetrara de
tu esencia

ni lamento que no naciera al fondo de tus ojos aban-
donados.

¡Ah jardín! ¡Ah soledad! Han palpado mis manos el
viento de la muerte

y conocen la luz cuyos dedos forman la gracia de la rosa.

Yo perseguí la llama de tu pie con mis lágrimas
y en cada ola del corazón nació un pájaro.

Retrocedería en el tiempo sólo por ver el rostro de mi
madre
y su actitud de coger siempre jazmines del otro mundo.

Planeta de amatista trizado arriba en su vuelo,
esperanza de los ángeles ciegos hacia ti caminan mis
brazos.

¡Amor que ha vencido al amor, yo dejaré una rosa en
tu cruz!
Alfa y Omega, vaivén de los astros de sueño,
descienden todos mis días desde los valles de tus hombros.

Eres la casa azul donde mis ojos esperan el tiempo
asomados como los niños a los senderos que no concluyen.

Sobre tus brazos cantan conmovidos los pájaros
y la muerte detiene el afán de su mariposa.

¡Cúpula llovida de lágrimas yo no podría olvidarte!
Te llevaré ceñida como mi corazón, como mis manos,
como el grito
de la hoguera que estira su flor para morir hacia el cielo.

EN SU LUZ

Más triste que los jardines de los ciegos,
sola como el huérfano de noche,
en el hueco de tu mano duermen las mariposas
que huyeron de la tarde florida de los niños.
La mañana se deshoja en el mediodía de tus ojos
cuando el trigo es el aroma de un corazón triste.
Los cirios que te vieron ya no podrán morir.
Todas las rosas nacen en la dirección de tu rostro.
Cuando me muera quedarán mis manos
tendidas a la casa donde vives

con la suave esperanza de tu presencia.
Todas las cosas van naciendo estremecidas de tus ojos.
De las orillas de tu corazón despuntan los jazmines,
y el surtidor solloza como a través de tus pestañas.
Me apoyo en tu belleza como el moribundo en su alma.
Aquí estoy ¡oh tanto tiempo! con mi horóscopo de otro
mundo.

Espuma de las noches mi corazón hacia ti se vuelve
incontenible como las flechas que saltan de los arcos.
¡Qué latitudes hondas no conoce mi grito
en este desolado reino que en ti concluye!

PASO DE SOMBRA

(Premio Municipal, 1939)

ESPERANZA

ESTABAS esperándome ¡oh sola como el mundo
que canta y que no escucha su rumor en el cielo!
En mi jardín los grillos olían a la muerte
y la felicidad nunca estuvo más lejos.

Era mi voz caída como en una deshonra.
Viniste abriendo redes de silencio a mi casa,
y frente a tu presencia florecieron mis brazos
y agonizó un perfume de marfil y de acacia.

No era la juventud, magnolia de rocío,
no era el cuenco de sol en el valle de otoño:
era el costado turbio y los pies de ceniza,
la tristeza en las manos y la tarde en los hombros.

Para tu advenimiento hice finos mis pulsos
y el corazón en éxtasis penetró en el milagro:
entonces en la luz se detuvo la noche
y amaneció en tu rostro la ciudad de mis años.

CASA DE LA SOLEDAD

SOLO en la casa, solo mientras llueve.
(Así estaré, mujer para morir.)
¿Murmuras tú en las hojas, compañera
tú, la que nunca amaneció feliz?

¡Todo está lejos! Se marchó la hermana.
Ya no aroma la tarde en el jazmín.
El corazón como un pomo de esencias
se vacía todo en la lluvia sutil.

Para sentirte más cierro los ojos.
(Sólo la desgracia es mi país.)
Antes volaban para mí los ángeles
sobre el lento arcoiris del jardín.

Ahora llueve y en la casa espero
—y la Esperanza se alejó de mí—.
Espero ahora que la noche suba
sobre este corazón para morir.

Tu lejanía trizará mi nimbo.
¡Qué hacen mis brazos en el día hostil!
¡Qué soledad será la de mi vida
si busca tu hombro mi cabeza gris!

Lejos te irás, donde las islas cantan
como el sol sobre el mundo en el cenit.
¡Qué ave del cielo comerá en tu mano
el trigo, suave como tu perfil!

PRESENCIA DE MARGARITA

Para Juvencio Valle.

¿DÓNDE vas Margarita con cabellos de espuma?
¿Dónde te lleva el día que mueve tu vestido?
Sólo sé que tu noche conversa con el trébol
y que avanzan cantando tus dos pies de rocío.

Margarita la clara, canción de los infantes;
transparencia del musgo, orgullo de la tribu;
compañera del ámbar, retoño de la mirra
¿dónde vas por el campo a perfumar el trigo?

Acaso en el crepúsculo, cuando cantan los gnomos
y desata el collar de cristales el río,
adelantas tus ojos hacia los ventanales
de una aldea que incendian ópalos y suspiros.

Margarita que tiene islas en el espacio,
Margarita que besa los ángeles perdidos,
aclara el hemisferio que hay en tu cabellera
y haz que crezca la luna en la paz de tu nimbo.

Te llevaremos como un claro sacramento
en la voz, en el éter. ¡Oh la diáfana amiga!
Y cuando nuestros dedos se agiten en la muerte
irán hacia las tristes montañas de tu clima.

Porque fuiste la dueña de la buenaventura,
el pomo de la esencia en labios de ceniza,
la casa de los pobres, el pan de los mendigos,
un movimiento de aguas al fondo de la vida.

Ahora que se queman antorchas y momentos
y la noche en sus trémulos arrabales camina,
mi corazón se entreabre lo mismo que una estrella
y en ti piensa, Juvencio, padre de Margarita.

NIÑOS ESPAÑOLES

¿QUIÉN sacudió la casa? ¿Quién apagó los vidrios?
¿Qué lágrima fatiga los ojos españoles?
¿Quién circundó de muerte el pecho de los niños
y empañó los espejos felices de sus voces?

Alguien vino rompiendo espigas y rosales.
Alguien abrió la noche maldita de Saturno
y entró por la cintura dorada de los valles
con vestido de sangre y con alas de luto.

Y vosotros los niños detuvisteis la rueda
del corazón, y el cielo se ponía más triste.
Manchaban los aviones el aire de la esfera
y florecían cruces de fuego los jardines.

Y la ciudad quedaba vacilante en el clima
de los fantasmas, muerta la madre con sus canas;
y a través de los muros se edificaba el día
sobre el esqueleto torcido de las casas.

¿Quién detuvo tu paso, niño de ojos celestes?
¿Quién lastimó tus manos, niño claro de Iberia?
¿Quién aventó el hogar y pudrió la simiente
que fuera eternidad y fragancia en la tierra?

¡Tú sabes, niño, cómo hay que llorar ahora,
de pie junto a la muerte, con los ojos abiertos
más allá de la ira y la misericordia,
como creando soles en la mitad del pecho!

¡Por aquellos que un día cortaron los jacintos
y quemaron los árboles y mancharon su casa
se estremecen las manos gloriosas de los niños
y sus bocas se acercan para besar a España!

ESPAÑA DEL HONOR

¡OH tú la más herida! En tu muerte sin llanto
duelen todas las venas. ¡Oh esposa desagrada!
En todos los racimos hay miel para tu boca
donde el olivo puso su aceite de esperanza.

Para tu rostro pálido de sal y de azucena,
para tus hombros rubios que sostienen tu noche,
tus hijos levantaron la luna de sus pulsos
encima de tu sangre movida como un bosque.

¡Ah! cómo no besarte en tu casa de fuego,
en tus pies lastimados, en tus senos heridos
si el corazón te busca como a un mar crepitante
en tu altar con palomas y moribundos niños.

Y cómo no sentirte, España, en el sollozo,
en la vigilia turbia que crece en las ojeras,
en tu actitud de estrella entregada a la muerte
¡oh tú, maravillosa mujer de sal y piedra!

Más allá de los mártires, más allá del incendio,
más allá de la vida se elevan tus dos brazos.
Más allá de las tumbas solas de los mendigos
te mueves entre heridas y oscuros meridianos.

España que amanece cada día en el pecho,
asida al corazón nuestro como una honra,
nadie hará que tu cuerpo se incline de rodillas
¡ni cielo y tierra vencerán tu rosa!

Sobre los muertos niños, sobre los campos puros
el invasor anima su caballo de llamas,
pero sobre la espiga sangrienta del infierno
ya suena el caracol de rocío del alba.

De mar a mar España, de muerte a muerte España,
la que va en nuestras manos y besa nuestro rostro
la que no ha suspirado en mitad de la hoguera
pero que inundó de llanto nuestros ojos.

Sobre todas las tumbas se conmueven tus pájaros,
España del ciprés, España del martirio.
Y sobre los escombros hay una voz que avanza:
¡Yo nunca moriré! ¡Lo sabes! ¡Hijo mío!

PAZ PARA ANTONIO MACHADO

TRASPUSO la montaña para morir herido
de pie a la cabellera ¡oh, suave, desterrado!
La esponja de su mano se llenó de rocío
y el Tiempo le besó la arena de los párpados.

Y quedó con los ojos prendidos como un ancla.
El mundo se le iba cantando de los dedos.
Se escurría el perfil melodioso de España
del azahar fragante que le quemaba el pecho.

España y sus olivos, España y su abandono,
España la que tiembla y en sus ruinas solloza
al morir fué en el grito postrero de sus ojos
una lágrima sola, una lágrima sola.

Poeta leal, poeta de la miel y la selva,
del trino de la tarde en el cielo morado
cuando el amor trasmina la curva de la ojera
y lame lentamente la raya de la mano.

Se fué con su silencio diáfano de sortijas.
La agonía de España le cercenó los pulsos
y cayó su cabeza como una golondrina
que sintiera cansancio de volar sobre el mundo.

Su madre lo miraba al morir en la boca,
donde fluía un nombre de sangre apresurada,
¡España! ¡España! Y era que se deshoja
como ceniza lenta dentro de la garganta.

Veía la montaña. Detrás todo era muerte.
España defendía su cuerpo del naufragio.
Había fuego y sangre. Se nublaron sus sienes
y los cirios ardieron ante Antonio Machado.

ROMANCE DE GREGORIO CRUCHAGA

(1781 - 1810)

Brigadier General de los voluntarios de Navarra

¡O^H trepador de montes,
caudillo de Navarra,
adolescente rubio
que defendiste a España
con el pecho de piedra
y la mano de llamas
“ni tres ni cuatro juntos
doblegaron tu espada”¹.

¹ Memorias del General don Francisco Espoz y Mina.

Adalid del Roncal,
el valle de tu alma
se humedeció de sangre
y salpicó tu casa;
y el incendio asomó
su rostro en las ventanas.
Se acercaba la muerte
desde el lado de Francia
y se llenó de heridas
y sombras la montaña,
(Roldán en Roncesvalles
tocó el cuerno de caza).
Ahora, don Gregorio,
es una cruz España,
ahora el viento silba
su treno de desgracia
y el Cid sobre Castilla
despedazó su lanza.
¡Ahora anda la Muerte
sola y avergonzada
porque los traidores
mancillaron a España
y encima de sus pechos
pusieron cal y lágrimas!
Tú estás ahí, caído
y no elevas la espada;
te faltan las dos manos
que la muerte arrancara:
general roncalés

don Gregorio Cruchaga,
corta las ligaduras
y rompe tu mortaja.
Que te ayuden los truenos
que de los montes saltan,
que te lleven los días
altos de tu Navarra.
¡Oh tú, jamás vencido,
joven de la esperanza,
ábrete el corazón
para mirar a España.
Trae la media luna
todo el dolor del África.
La sombra de Pelayo
en el tiempo naufraga.
¡Ah! si tú aparecieras
con vergüenza en la cara
con las cuencas de fuego
y las manos cortadas,
general roncalés
don Gregorio Cruchaga.
¡Ahora los olivos
ya no esperan el alba
y las espigas son
en esta muerte, lágrimas!

UNA NOCHE

I

PARA ti más allá del andrajo y del cielo
para tu sombra débil que persigue a tu muerte.
Que te bendiga el árbol con su lento perfume
y el sol sea más puro al caer en tus hombros.
Canto a tu miseria, santifico tu herida
palabra del amor que se envuelve de llamas,
gesto en que el odio prende telarañas y mundos.
Te canto a ti doncella que nunca tuvo novio.
¡Ah! para ti sube mi grito como un ángel
en un azoramiento imprevisto de pájaros.

¡Ah para ti pobre niña de ojos azules
que miras el futuro en el haz de tus lágrimas.
Para ti más allá del eco del naufragio
sollozarán las islas resonantes del ámbar.
¡Ah! no conocerás las luces de la fiesta,
el oro del anillo ni la llaga del beso.
¡Cómo hacerte una luna leve para ti sola,
un camino de espumas para tus pies sin alas!
¡Cómo crear un cielo para tus manos tristes,
para tu boca un cielo dormido en una esencia!
Pero la noche empapa su esponja en el suburbio
y borra lentamente los últimos espejos.
Viene la noche a tientas como se acerca el hambre.
Viene la noche en la fragancia de los juncos.
Viene la noche en los ojos que se lastiman . . .
El niño se quedó tranquilo en su corola
y el llanto en un collar se adormeció en su pecho.

II

Vamos a la ciudad que no tiene esperanza.
Vamos al corazón que se viste de muerte.
Vamos al huracán que derriba al mendigo.
Vamos a la resaca donde el puñal despunta.
Vamos a la taberna de ahumados cristales
donde se fragua el crimen y se maldice el orbe.

Donde todo es cansancio, soledad y alarico.
Vamos al lamento largo de la miseria . . .

* * *

No cantan las trompetas; no aparece el arcángel
ni se agitan los mundos atónitos en marcha.
¡Llueve para los pobres, llueve para los pobres!
¡Qué noble es el vestido que da el agua al desnudo!
¿Y qué hacen en la noche los árboles que envuelven
al miserable en la túnica de su sombra?
¿Se ha dormido la acacia fragante y el espino
donde el mendigo halló un poco de su cielo?
¿Pero las rosas temen que los andrajos turben
el diáfano silencio de su fina elegancia?
¿Y saben los jazmines que los menesterosos
lloran porque el hambre los perfuma al morir?
Ya se durmió la niña esbelta y en el sueño
se ha sumergido el aro azul de su cintura.
Ahora va de viaje por mares de Oceanía
en un doliente barco con remos de zafiro.
¡Ahora va de viaje! ¡Que no regrese nunca
a la trémula orilla donde viven sus ojos!

ISRAEL

COMO el viento cantando se esculpe en tolvaneras,
como la muerte haciendo ausencias y mitos
tú vas con tus floridas y nobles sementeras
quemando latitudes y venciendo infinitos.

Fué el oprobio tu nombre de cristal y esperanza
y desearon los ciegos encadenar tu día.
Tu corazón comido por panteras avanza
entre países hoscos que buscan tu agonía.

¡Ah turbar nuestro sueño azul del Paraíso
y romper la cadencia del arcoiris solo
en la cumbre del cielo, humillando el hechizo
que mueve su campana feliz de Polo a Polo!

Ya no avanza Sansón a las puertas de Gaza,
ni detiene Josué el alto sol maduro.
El agua del Jordán no alegrará la casa,
ni en Jericó las rosas mirarán el futuro.

No lucen las sortijas de Salomón al vuelo
de la danza que como un mar se precipita,
ni levanta sus pechos dirigidos al cielo
entre ámbar y sedas la ardiente Sulamita.

Ahora, tú, Israel, retornas al tormento,
otra vez el vampiro quiere matar la abeja;
requieres tu bordón castigado en el viento
y tu Jerusalén en llanto se refleja.

¿Para tu grey herida cuándo vendrá el reposo?
Sobre tus hijos hoy el huracán galopa
y va tu corazón al golpe de un sollozo
más allá de los muros desolados de Europa.

América será la tienda del hermano,
batido por el odio que lo lleva al destierro;
y el niño de Israel ha de sentir su mano
lamida por la estrella y la lengua del perro.

ELOGIO DE LOS TRABAJADORES

VUESTRA ola fué el salto inicial de la Tierra,
salida de las puertas graves del Paraíso.
Sois el grito y su lágrima, raíces del huracán.
Fuisteis el brazo firme que conjuró el Diluvio
y alzó la fabulosa Babel desesperada.
Trabajadores, recios retoños de la piedra,
hijos de la montaña y del mar y del valle,
manos que se crispan en el timón del día,
manos que se rompen en el fuego nocturno
y preparan la vida deletreando la muerte.

Trabajadores, vasto collar que mueve el sol
a través del planeta que tatuó la desgracia.
Trabajadores de los páramos de Alaska
donde el Polo Norte estira su vestido.
Oro, carbón, azúcar, perlas para el Amor
en vuestras manos todo es tibio como una espiga
y en ella se bautiza, ¡oh suma catedral!
Trabajadores, tripulantes del sueño
vais de playa en playa como el airón de la ola.
De Norte a Sur, de Este a Oeste en su hamaca
América os acuna agitando sus bosques
desde la Groenlandia de témpanos y espumas
al Cabo de Hornos donde ancla la Cruz del Sur.
Europa, trabajadores, acecha con su exterminio
y el tiempo la divide en odio y en espadas.
¿Dónde están el olivo y la oveja apacible
y el colmenar, un canto de Dios en el destierro?
¿Todo ha de morir? ¿Vuestras manos de obreros
encenderán el Gethsemaní de la muerte?
¿Quemaréis el trigal que es un eco del cielo
para que el pavor desconsuele a los ángeles?
Las ciudades suspiran cerradas como párpados
y las ventanas son los latidos del miedo.
Vosotros, luchadores, sujetaréis el mar . . .
Sobre vuestros pechos no crecerá la muerte
ni el niño de esta América verá cómo se triza
la leve arquitectura que asume el arco-iris.
Los muros serán fuertes al sentir vuestros hombros
de metal y de rosa, de humo y de golondrina.

¡Ah! trabajadores, adalides del mundo
es preciso cantar en mitad del incendio.
Todos como un racimo. Todos como una selva.
De pie como un volcán violento que se apresura
a derramar su fuego devorando otro fuego.
También vosotros, hombres humildes del planeta
visitáis la posada de este día de júbilo
en que se condecora el brazo de la Esperanza,
los ojos del futuro y la frente del alba.
Trabajadores, hombres de todos los países,
cuyo vigor enciende días y meridianos
en donde el tiempo gira en el telar divino.
¡Ah! la fiesta del hombre del mar y de la tierra
que trenzan sus raíces en una eternidad.
¡De pie sobre la América del quetzal y del puma,
como los farellones, como los huracanes
detened la pisada de la Bestia! . . .

*POEMA DEL PUEBLO DE
SAN BERNARDO*

PUEBLO DE SAN BERNARDO

I

TU luz de enredaderas silenciosas
viene como una pluma de los cielos
y en tus patios se alarga la tristeza
como un doliente pavo real de oro.
El agua esculpe de cristal el tiempo
y en el jardín un pájaro insinúa
la tarde humedecida de otro mundo.
Por las calles las hojas rumorean
un leve y ondulante remolino
y en el silencio de la noche cantan

los cristales al paso de los trenes.
Rueda un latido y la distancia afina
el rostro pensativo de la virgen
en el ensueño de morado estambre.
Las acacias prolongan su perfume,
y en el clamor del agua de la acequia
se va el encanto de la noche náufraga.
El silencio persiste y gota a gota
crece el rocío como la tristeza.
Ya vendrá la mañana de jacinto
y creará el mundo en la canción de un pájaro
antes que la luz mueva su anillo

MUERTE DE ROMEO MURGA, POETA

II

Aquí vino a morir Romeo Murga,
pálido joven de cristal, herido.
Aquí oyó un horizonte
de pájaros creando la mañana;
y entre sus manos la canción caía
como cálida esencia derramada.
¡Ah! la acacia florida fué más triste
para el poeta en lucha con su sombra.
Su palidez entraba en el crepúsculo
como el agua en las hojas del otoño.

Dueño del marfil que da la muerte
hacia ella tendía los cabellos
y era su voz como resina lenta
cayendo en el declive de su cielo.
¡Cómo estaban sus ojos
de arena gris al comenzar el viaje!
¡Cómo quedó su mano en el vacío
dibujando una estrella de estupor!
Aquí vino a morir Romeo Murga
pálido joven de cristal, herido...

EL NIÑO

III

¡OH lentejuela azul, retoño, abeja de oro,
palpas la tierra, el viento, la corriente del mundo;
tus manos crean soles y precipitan redes;
el mar, la tarde, el cielo, ahora todo es tuyo!
Puedes reír, llorar, dormirte entre violetas,
volar como los ángeles, ascender en el humo;
ser el infante alegre que ilumina la fiesta
con su místico paso de azucena y de brujo.
Los jazmines te llaman y el viento del otoño
y la tórtola gris que arrulla en el crepúsculo

y que acerca la noche trémula de jacintos
para cerrar tus ojos claros en un murmullo.
Te fatigó el correr; perseguías el vuelo
de un pájaro en el aire tembloroso de junio,
y entre tus manos lentas se deslizó la tarde
que se llevó la última mirada de los juncos.
¡Oh lentejuela azul; mago de la sonrisa;
gota de miel recibes al viento en tu columpio
y saltas al vacío como la llamarada
del volantín que alegra la calle del suburbio!
Aún queda sol ¡oh niño! para seguir al pájaro
que desde su garganta hace girar el mundo.

SOMBRA DE OLIVO

IV

Es el canoso olivo
que aclara la tristeza de mi huerto.
Mi corazón lo busca pensativo
para que bese mi costado abierto.

Está la casa en ruinas
y sobre el ocre antiguo de las tejas
ya no cruzan la luz las golondrinas
entre el suave fervor de mis abejas.

Y solloza el diamelo
como partido en la raíz fragante.
En las pupilas ya no cabe el cielo
que un pájaro constela de diamante.

Después de tanta espera
tus manos crean la ciudad futura
y arde en mi pecho la doliente cera
de mi pecho quemado de dulzura.

¿Por qué lloran los árboles su aroma
en esta soledad de moribundo?
¿Por qué trizó volando una paloma
el trémulo rocío de este mundo?

En la crucifixión la tarde vierte
ese cansancio con que me acompañas
y nadie creería ver la muerte
escondida detrás de tus pestañas.

Pero en mi eclipse brillan tus dos manos
más allá del futuro y del presente,
únicas olas de mis océanos
que perfuman la playa de mi frente.

Tus ojos alzan en el día el canto
como una cesta de amarillos frutos.
Todo camina con los pies del llanto
por el gris litoral de los minutos.

RAMA DE BOJ

V

RAMA de boj para que juegue un gnomo
y se corone como un dios las sienas.
rama para que un ángel
detenga entre sus manos a la muerte.

Rama de boj, sortija para un niño
—acuario en flor, humedecida llama—
suave como la ojera moribunda
en donde la pupila halló su playa.

Rama de boj para sentir el día
que te crece en el cielo de la mano,
amuleto de amor de la doncella
que desolada llora hace mil años.

Rama de boj, rincón de la dulzura
para el viajero que rompió su horóscopo
y sabe que la noche se desviste
en un largo latido de heliotropo.

Rama de boj para tus brazos lentos,
para tu boca y su doliente signo
en este día bajo las acacias
que perfuman el canto de los grillos.

Rama de boj que miran los enfermos
desde el verde reflejo de su cara
mientras la vida de sus dedos huye
y comienza el camino de las alas.

Rama de boj, destello para el pobre,
agua de los humildes, detenida,
el corazón te busca, compañera
del azahar, el pájaro y la hormiga.

VI

TRAS de la reja verde como bajo la lluvia
allí esperas la luz de leves pies dorados.
En la ventana prende el día sus madresevas
y crecen los cabellos de los años.

Se abre la puerta oscura en la distancia
y el huerto precipita la red de sus manzanos
como la primavera lejana de una isla
donde se eleva un cielo de amaranto

allá donde gigantes caracoles
sollozan melodías de topacio.

Tras de la reja verde como a orillas de un bosque,
la casa en el silencio ha cerrado sus párpados.
De noche hay una lámpara en espera de un niño
que traerá una rueda de soles en la mano...

VOZ DEL AGUA

VII

DE un cuenco de alabastro trémulo de zafiros
el agua se desprende en viaje luminoso.
En ansia delirante más allá del destino
se aleja el canto de infinitos ojos.

El agua que solloza como hiriéndose
el vestido, en el tránsito maravilló la tierra.
¡Oh tejedora de profundas redes
fugitiva y brillante enredadera!

Te llevaste el perfil sólo de la que vive
mirándose las manos donde la luz avanza,
la de la voz de lluvia en el silencio firme
cuando la noche afina las pestañas.

Corriente de los ángeles que tiemblan en la orilla
moviendo el tornasol leve de los instantes;
agua para la cera húmeda y desvaída
de la mano de Dios que sostiene la tarde

VIII

ESTE era un hombre que vistió de negro
y cada día acompañó a su muerte.
En el amor supo quemar sus manos
y su rostro de pálido lamento.
Amó la soledad y en su capullo
se sumergió para sentirla en todo.
Lo querían los árboles del pueblo
porque en sus venas los llevó en el mundo.
Acacia del amor, sauce dormido,
vetusta encina con collar de pájaros,

todo en el poeta fué más triste
en la unión de su carne con el día,
sutil cedazo de serenas olas.
Aquí veo la sombra de su casa,
sin corazón el patio, solo y húmedo.
¿En dónde está la fuente que lo llame
para que vuelva con andar de cielo
a divagar en su melancolía?
¿Cuándo vendrá por el Otoño suyo
abriendo con sus manos las paredes
que al ausente levantara el Tiempo?
¿Cuándo vendrá para mirar su casa,
el espejo trizado de su alcoba,
el árbol que plantara con su mano,
la puerta que no ha visto su regreso?

A B E J A S

IX

BORDONEA la abeja que visita los juncos
como en la fiesta única de la celeste infancia,
abeja que movía la corola del mundo
entre el rocío de perfil de plata.

Murmullo del jardín donde la tarde estira
en la fronda su hamaca de perfume y de sueño.
¡Oh claridad de estanque y de ceniza,
sombra de olivo, como de otro cielo!

¿Quién ha venido a lastimar las rosas,
las hechizadas del antiguo muro,
allí donde la luz es una esencia
de madre selvas como el paso tuyo?

Los ojos viven su desesperanza
y se han cerrado sin mirar a nadie.
De súbito los juncos se estremecen
sintiendo la presencia de los ángeles.

Y murmura la abeja en una ronda
de polen, permanente bayadera
y en el silencio del jardín se alumbra
el paso de esmeralda de la Tierra.

LIRIOS AZULES

X

LIRIOS azules se abren ahora en la tristeza
como si el huerto fuera un convaleciente.
Cierra los ojos, cierra tu corazón y escucha
que el día se devana en tu vestido verde
con el rumor del grillo, hilandero de música
que una tarde me dijo que te quisiera siempre.

Tú estabas más allá de una lágrima, sola
en esa lejanía que no vence un sollozo,

más distante que el sol herido de los pobres
que viene desde el tiempo a suavizar tus hombros.
Lirios azules hubo entonces para el grito
que anduvo entre los cielos camino de tus ojos.

HOLOCAUSTO

ES AMOR

ABEJA de mi tarde y de mi muerte,
anticipo del sol, bien de mis ojos,
deja que en tu cruz grave mi día
como en la gloria de un bajo relieve.
Ancha de mirra, música de arcángel
en toda latitud tu cuerpo vive,
como la rueda leve de este mundo
que de los cielos a los mares gira.
Tú llevas el rocío en las pestañas
y en los cabellos el matiz dorado

de un caracol que se quedó dormido.
Todo esto es el amor entre retoños,
entre resinas, olas y relámpagos.
Éste es el amor que se desprende
como un lento cometa de tus hombros.
Éste es el mundo para tu garganta,
erguido ventanal de las palomas.
Ésta es la noche de fulgor de esencia
en donde el mar detiene su caballo.
Eres la dueña de las golondrinas,
del azahar que atrae al moribundo.
Tú tienes el vestido de la tierra,
verde y dorado con encajes de agua.
Si te mueves de súbito, el rocío
moja la tarde porque estás colmada.
Si levantas los brazos inauguras
una grave y doliente geometría.
Dueña del gnomo que embrujó la selva
donde duerme y suspira la avellana.
Para tu hechizo lloran los pastores
en los oteros de marfil y de ámbar.
En ti doblega el día su corola
y tú la meces en tus pulsos finos.
Y si viene la noche con los ojos
cerrados te adelantas a la muerte.
Entre el cielo y la tierra, detenido
está el amor con túnica de mirra . . .

TU SOMBRA

CANTAN las ajorcas de la noche
en el rocío que despierta el cielo
y la avispa del mundo
ronda en el oleaje de tu frente.
¡Ah! ¡Rodeado de muros y de espadas
el corazón defiende su destierro
y cada noche cruza
el pálido hemisferio de su muerte!
¡Ah! ¡Todo canto busca tu presencia
y la clara bahía de tu órbita!

Todo latido se defiende en plumas
en los hombros del ángel silencioso.
Cantan las ajorcas de la noche
para tu paso de doliente surco,
sombra del universo, mujer mía.
Siente mi pecho tu dorado delta
y en su invasión el tiempo se disuelve
en un golpe de nácar invisible.

C A M I N O

SE abrió la puerta y avanzó la hora
sobre las niñes y los horizontes.
En tu noche, Señor, tendí los brazos
en el silencio de tus vestiduras.
Sé que mañana sobre mi tristeza
cruzaré el arcoiris de tus ángeles.
Me acerco en la corriente del suspiro
a la hora profunda de la esencia,
cuando buscan las canas en las sienes
su lento declinar de hoja sin ruido.

Deja al ciprés que ubique su destino
en el dorado espejo de la rosa.
Deja que el mar bajo la luz reúna
las dolientes espigas de sus playas.
Tú siempre irás con tu perfil abriendo
el aire solo de las Estaciones
y yo te miraré desde la muerte
como si renaciera poco a poco.
¡Ah! la fatiga marchitó mi manto
y quemó la alegría de mi vuelo
pero aquel que naufraga se reclina
en el cuenco dormido de tus brazos
y entra en tu hemisferio circuído
de mariposas como un niño ciego.

CANTO A CHILE

EN ti he nacido frente a tu montaña
y me persigue el corazón tu rostro
y los valles se acuestan en mi vida
y mueven el murmullo de mi sangre.
De norte a sur como una caravana
el mar te grita con sus amazonas,
y tú adormido escuchas tus canelos,
tus robles y la flauta de tus álamos.
Pasan los ríos destrenzando el Tiempo
y en ellos gime la montaña sola.

El sol del Norte te quemó los pulsos
y ardiste como el ojo de los cíclopes.
Calcinada región donde la tierra
se comba para recibir el agua
que suspira en la fronda y en el pájaro.
País de cobre, de jazmín, de cera,
asordan en el sur todas tus islas
que en la noche parecen los escudos
de los dioses marinos desterrados.
Islas de los pájaros del viento,
doncellas puras de los pescadores,
suave milagro de los vagabundos.
Tierra del indio con olor a lluvia,
a hierba, a soledad, olor a sangre.
Tierra con llanto montañés, teñida
con el humo fragante de la ruca
en donde aún persiste la epopeya
—hondas, lanzas, caballos al galope
y gritos que penetran en la muerte,
en el metal, en el rumor del agua—.
¡Oh tierra del espino que perfuma
hasta el delirio de vencer el cielo
y entrar en el influjo de los ángeles!
Campos de correhuela y amarillo
matiz del yuyo que sus flores mueve
hasta un límite azul de golondrina.
Álamos sobre la casa del labriego
que ara en el sol y afirma la mancera
como en tiempos de Job. ¡Celeste hermano!

dueño del agua, dueño del caballo
que resopla a la estrella detenida
en el sauce nocturno.
Campo de trigo donde la esperanza
es un pecho de bronce que fulgura
en el ardor ferviente de la espiga.
Tierra del vino, del lagar jocundo
donde llora el racimo su fragancia,
donde danzan los ebrios de la mano
como para entrar en el infierno.
¡Oh tierra de los álamos dormidos
como en la magia de los surtidores!
Tierra donde el mar pule cristales
y se rapta la niña de la costa.
En ti he nacido frente a tu montaña
y me persigue el corazón tu rostro.

ACACIA

CONVERSO con la acacia
que está florida como un mar de espuma.
¿Por qué, poeta, no me ven tus ojos
que ayer me presentían en el llanto?
Para no lastimarla es mi voz suave.
La miro ahora desde el fin del mundo,
desde el árbol primero de la tierra.
La miro ahora desde el alto día
en que se abrieron todos los retoños
en el arco del cielo resonante.

Vivo más allá del sufrimiento.
Hasta el amor se me trizó en los ojos,
y me vistió de lentas golondrinas
Converso con la acacia
—racimo de marfil, vaso de lumbre—
y detrás de mis hombros amanece
el signo teologal de la esperanza
y hay un rumor de cera que desciende
de las dulces pestañas de las manos.

POEMAS INÉDITOS

(1945)

PACÍFICO SUR

EL mar de Vasco Núñez de Balboa
en dirección al sur mueve su rueda
y precipita el sol y las espumas
como meciendo aún lentas galeras
con el oro lustral del Inca muerto.
Océano que viene desde el norte
hasta las islas que en el sur estiran
los hombros y la lluvia de sus montes,
allí donde la noche de los indios
vive en la flecha, el pájaro y el fuego.

Océano del sur, bosque tendido,
soplo que quiere desquiciar el mundo
y socavar la quilla del planeta.
Llevas al barco cuyo brillo alumbra
la gris fisonomía de los puertos.
Océano que ciñes con tus pulsos
la carne herida de las tres Américas.
Sobre tus olas cantan pedrerías.
El rostro del café como de sombra,
el perfil del azúcar cristalino,
la mirada del oro carcomida,
el relente profundo del salitre,
el ángel del carbón sacrificado;
quetzales, papagayos, tornasoles,
cóndores recios, águilas y pumas
alientan el temblor del arcoiris.
Océano del sur, prado del día
preso en la malla de los meridianos
allá en las islas hondas de la lluvia
en los canales en sus pobres barcas
hacia la soledad bogan los indios,
alacalufes y onas perseguidos
que en la mirada de los hijos besan
la Cruz del Sur como un dorado junco.
Océano que ondulas, danzarina
de plata y de rumor engalanada.
Desde las orillas de la tierra
hasta tu corazón respira el hombre
y a ti llevan los ríos un sollozo

como al morir el jefe de una tribu.
Océano del sur, alzas la frente
y caes en la playa fatigado
y al recoger tu cuerpo en un suspiro
el día avanza con sus pies de espuma
mientras la gigante rueda gira
desde la península de Alaska
al Polo Sur de prolongada noche.

ELOGIO DE LA CRUZ DEL SUR

BAJO tu resplandor vive la noche
de Chile, claro caracol del sueño,
y en tu vibración los pulsos miden
su avance de cristal hacia la muerte.
Acacia de los cielos, Cruz movida
como una carabela en el espacio.
Racimo de esplendor sobre las islas
de litorales de canción y espuma.
Hacia tu cara se nos va la frente
y te señala el niño con la mano

en la combada plenitud nocturna.
Cruz del Sur, aderezo de los pobres
y talismán de las mujeres tristes.
En el vidrio empañado de los ojos
te adormece y encierra el vagabundo.
Allá en el Sur de la infinita lluvia,
tú, Cruz, estás sobre los puertos solos,
sobre las playas, sobre el barco herido
que temblando se aleja a la deriva.
Enredadera de la noche densa
crecida en el vitral del firmamento,
oleaje que sostiene su fatiga
en un enjambre musical de estrellas,
sobre Chile tu lumbre se prolonga
hasta el almendro que florece el Polo
y de día en el cielo, al esconderte
como al morir en la mitad del pecho
en un lento suspiro te detienes.

S O M B R A

LA ola de los mártires en un temblor avanza
y entre los dos Polos resuena un alarido.
En la frente del niño se quemó la esperanza
y el mundo se fatiga en un largo latido.

El pecho del anciano se convirtió en herida
y se manchó de sangre la catedral del cielo
y va la muerte de humos y de fuegos vestida
y brotan del abismo golondrinas en vuelo.

Cruzan sobre Europa aullando las hienas
y tierra y mar enlutan sus sangrientas rapiñas
y sacuden las madres el grito de sus venas
y es amargo el doliente racimo de las viñas.

Los ángeles sollozan sobre negros escombros
y del cielo a la vida ya no existen escalas
y como madre selvas se cae de los hombros
hacia el silencio el hondo latido de las alas.

Pupilas de los mártires; manos del moribundo;
rostros de los niños que olvidaron el juego
y lloran la desgracia lacerante del mundo
desde sus brazos tristes y comidos de fuego.

La muerte va golpeando el hierro de las puertas
desde la Noruega de cándido vestido
y hay un fulgor terrible en esas manos muertas
amarillas y lánguidas tendidas a la altura.

Y tú, Israel herido, criba de los tormentos,
la sombra de Judith ya sobre ti no ciernes,
pero vendrá ese día de claros elementos
en que caiga vencida la testa de Holofernes.

Un ruido de vitrales anuncia el turbio paso
de un tropel de caballos que la crueldad fustiga
y está la cruz trizada en un verde ribazo
y hay llanto en el rocío y es de sangre la espiga.

Pero vendrá la hora en que luzca la espada
de Sobiesky en el cielo en giros de diamante
e irrumpa Juana de Arco como una llamarada
sobre la dulce Francia de pecho agonizante.

¿Quién detendrá el ciclón que todo lo calcina
y romperá las alas que marchitan la esfera
desde Groenlandia a los campos de China
por donde corre el fuego como una cabellera?

Tú, Rusia del milagro, rueda de sangre y nieve,
la esperanza del mundo renace en tus crisoles
y desde el Polo Norte al Cáucaso se mueve
un huracán de llamas en trineo de soles.

Águilas y palomas luchan en tus usinas
y las mujeres cantan aún en tus bastiones,
y las madres alumbran sus hijos en las ruinas
para eternizar a sus recios varones.

Y tú, Grecia, la sabia de las nobles consejas,
en tus playas suspira el corazón de Ulises
y gente extraña ha muerto la luz de tus abejas
y fluye un hondo grito desde tus cicatrices.

En un bosque de sangre el cielo se convierte,
pero vendrá esa hora de la firme alegría
en que Luzbel vencido se desplome en la muerte.
Y nuestro corazón vive para ese día.

EN ELOGIO DE LA URSS

GIGANTE de la tierra, Rusia de suaves pinos,
todo el viento del mundo mueve tu cabellera
y corren los trineos humillando caminos
hacia los horizontes de metal y de cera.

Desde el Polo Norte en un alud, el día
avanza entre los muros del infinito hielo,
y de pronto se rompe la bóveda vacía
como desplomándose el recinto del cielo.

En las aldeas tristes, en las pobres viviendas,
la cara de la muerte todo cristal empaña:
el fuego precipita sus dardos en las sendas
y se quema la usina y es tizón la cabaña.

Rusia, la Rusia vasta, desde Arkángel agita
su mantón de doncella, sus bosques y cereales
y como una montaña de clara dinamita
hace cantar el Cáucaso y temblar los Urales.

El invasor ha hollado el suelo de Mazepa
donde muriera Pushkin, donde Tolstoy vivía.
Sacude la metralla el musgo de la estepa
¡pero Rusia jamás conoció la agonía!

Los pechos moscovitas se oponen al asalto
y de sangre la nieve para siempre se borda
y desde la alta cumbre de un cielo de cobalto
socava los sepulcros el avión de la horda.

El cuerpo de los rusos como un turbión levanta
su valentía airada en la ruda defensa.
El Volga hacia los cielos como una estrella canta
sobre los lentos días o entre la noche inmensa.

La mirada de Lenin aparece a lo lejos
sobre las selvas, sobre el agua detenida,
y entonces se estremecen los niños y los viejos
y rueda el tiempo como prestigiando la vida.

Labradores, soldados, adustos campesinos
sobre una bayoneta colocan el arado
y la tierra se inunda de sollozos y trinos
y el invasor se pudre dentro de Stalingrado.

Como los ríos, como la suprema venganza,
el suelo moscovita se cubrió de invasores;
el corazón de Rusia sintió un golpe de lanza
y todas las heridas se trocaron en flores.

País de Dostoievsky; en ti encontró el castigo
el bárbaro que quiso esclavizar al hombre,
este pueblo de Chile caminará contigo
junto a la marejada terrible de tu nombre.

*AUREOLA PARA LA VILLA DE GUERNICA
EN EL ANIVERSARIO DE SU MARTIRIO*

LA villa del olivo, del oloroso roble,
lucía bajo el sol de lento regocijo;
danzaban en la plaza florida los pastores
y el corazón de Euskadi era como un racimo

El cielo era la frente de Dios sobre el planeta,
y gemían las flautas y en las casas vetustas
volaban las palomas en una enredadera
de claridad antigua y de firme dulzura.

Allí estaba la tierra de Sebastián del Cano,
la tierra de Loyola, la casa de Unamuno,
las murallas de piedra de hace dos mil años
con el fervor unánime de los vascos del mundo.

De pronto sobre el canto de viejos tamboriles,
del rumor de los pájaros que mecen los retoños
una sombra cayó en los tiernos jardines
marchitando la gracia profunda de los ojos.

Vino la muerte, vino el turbión de las lágrimas,
los mercenarios fríos que aventaban la sangre
y desde los aviones una selva de llamas
descendió sobre el puro tornasol del paisaje.

¿Por qué el pavor hería la dorada gallina?
¿Por qué el fuego elevaba su terrible penacho?
Guernica entre la hoguera su cuerpo consumía
y era una tea el niño y un sollozo el anciano.

Euskadi el crimen turbio fué una llaga en el cielo
y un viento de venganza ha cantado en las tumbas.
Todos los vascos llevan un grito sobre el pecho
recio como el ímpetu azul de una columna.

Guernica dolorosa, pozo de muerte tibia,
nosotros, como siempre, besaremos la tierra
y sobre tus olivos se detendrá la vida
con el apacible murmullo de una abeja.

GUERRILLEROS DE ESPAÑA

Por Andalucía y por Asturias
pasa la sombra de los guerrilleros
en el silencio de los olivares
y bajo el resplandor de un juramento.

Ellos lucharon con Espoz y Mina
en los valles tranquilos de Navarra.
Son los mismos pastores de Viriato
allá en la terca juventud de Hispania.

Son los combatientes, sangre y tierra;
lecho del pueblo, piedra de la honda.
La libertad del mundo en ellos vive
como la almendra en su dorada forma.

Allí brillan aún las cicatrices
de Oviedo en lucha y de Madrid ardiendo.
Allí entre los sollozos de los niños
y la azada brillante del labriego.

Desde Galicia hasta el levante crece
la Ortiga triste que animara el odio
y apresura la rueda del destino
y pone quemaduras en los ojos.

Pasa la sombra de los guerrilleros
blandiendo la venganza y el castigo
y pasan los trigales incendiados.
Pasan los que murieron en los ríos.

Pasa la noche de los torturados.
Navega el corazón de la doncella
que anduvo en el cristal de la agonía
y lento se vació como una esencia.

se adelanta un perfil adolescente
rozando la montaña y los jarales
y en el vidrio de todas las ventanas
se graba la corola de la sangre.

Vendrá el herido a recoger su queja
caída entre los surcos del espanto
y vendrá don Quijote de la Mancha
hecho furia y terror en su caballo.

Esperaremos que se esculpa el día
en que la libertad vuelva a su casa.
Traerá espigas, panes y racimos
para el cansado corazón de España.

Tras la fatiga que venció al martirio
avanza un rostro por la leve bruma
y toda España en un tambor redobla
y un arcoiris nace de las tumbas.

Sangre, la sangre de la novia pobre,
Sangre, la sangre de los perseguidos.
Vendrá la libertad de pies de estrella
y han de abrazarse el padre con el hijo.

Resuena el paso de los labradores
sobre el torcido pecho del verdugo.
Dentro del calabozo trina un pájaro...
y la palabra "España" quema el muro.

*

* *

Por Andalucía y por Asturias
pasa la sombra de los guerrilleros
en el silencio de los olivares
y bajo el resplandor de un juramento.

ÍNDICE

LAS MANOS JUNTAS (1915)

	Pág.
Mi sombra	15
Humedad	17
¡Oh cerebro doliente!	19
Locura	21
A vivir	23
Del momento último	25
La voz que viene	27
Del rumor oculto	29
¿Su vida?	31
Los rincones	33
Sonríe al mundo	35

JOB (1922)

La evocación de Job	39
A la venida de Jesús	41
La aparición	43
El canto del musgo	45
Las piedras	48
El canto del humo	50
Luzbel bajo el cielo nocturno	52
El canto de las madres	54
Los hijos de Job	57
El hombre maravilloso	60

	Pág.
El canto del hombre maravilloso	62
El canto de la ciudad	65
La palabra de Jesús	68
El presentimiento del último día	71
La despedida del sol	73
El Juicio Final	75
El canto de los mares solos	79
Job en el cielo	81

LA CIUDAD INVISIBLE (1938)

En el éxtasis	85
Estéril	87
Dulzura	89
Como un perfume	91
Por la tristeza de tus ojos	93
Canta mi corazón	95
Canto del maestro	97
Anoche	100
Sed	102
Maravillado	104

LA SELVA PROMETIDA (1920)

Intensamente	109
El canto íntimo	111
El surco luminoso	113
La hora digna	115
Vergüenza	117
La voz del milagro	119
La oración tuya	120
La oración antes del sueño	122
La oración de la mañana	123
Mi desamparo	124
El apóstol	126
La oración del amor postrero	128
La oración desolada de una tarde	130
Eternidad	132

	Pág.
El aroma tenaz	133
El viaje	135
Profunda	140
Más allá	142
Mujer antigua	144
Tu hijo	146
El último camino	149
En tu red	151
Tu presencia	153
En esta lenta llaga	155
La seda de tus hombros	157
El amor junto al mar	159
En el otoño	161
El único placer	163
Más allá de la vida	165
Alameda de otoño	167
Las columnas	169
Oración a una mujer admirable	171
Los nuevos días	173
Momento melodioso	175
Cuando cierro los ojos	176
Avión	178
Cúpula	180
Oriente	181

LA HOGUERA ABANDONADA

Soledad	187
La última	189
El otoño	191
Adoración	193
Tu voz	194
Mi reino	196
Miedo	198
Anillo	200
Amada mía	202
Quemadura	204
Refugio	206
Eternidad	208

	Pág.
La soledad del hombre último	210
El canto humano	212
La tarde serena	214
Perfil	216
Júbilo	218
Hora de la adoración	220

AFÁN DEL CORAZÓN (1933)

La muerte suya	225
En la tristeza	228
Mi soledad	229
Letanías	231
Muerte de noche	234
Afán del corazón	236
En su luz	239

PASO DE SOMBRA (1939)

Esperanza	243
Casa de la soledad	245
Presencia de Margarita	247
Niños españoles	249
España del honor	251
Paz para Antonio Machado	254
Romance de Gregorio Cruchaga	256
Una noche	259
Israel	262
Elogio de los trabajadores	265

POEMAS DEL PUEBLO DE SAN BERNARDO

Pueblo de San Bernardo	271
Muerte de Romeo Murga, poeta	273
El niño	275
Sombra de olivo	277
Rama de boj	280

Paz	Pág.
Voz del agua	282
Magallanes Moure	284
Abejas	286
Lirios azules	288
	290

HOLOCAUSTO

Es amor	295
Tu sombra	297
Camino	299
Canto a Chile	301
Acacia	304

POEMAS INÉDITOS (1945)

Pacífico Sur	309
Elogio de la Cruz del Sur	312
Sombra	314
En elogio de la U. R. S. S.	318
Aureola para la villa de Guernica en el aniversario de su martirio	321
Guerrilleros de España	324

OBRAS DEL AUTOR

Las manos juntas. Poemas. Santiago, 1915.

La Selva prometida. Poesías. París, 1920.

Los mástiles de oro. Poemas en prosa. Río Gallegos, 1923.

La Ciudad invisible. Poemas. Santiago, 1929.

Afán del corazón. Poemas. Santiago, 1933.

Job. Poema. Santiago, 1ª edición, 1922; 2ª edición, 1933.

Paso de Sombra. Santiago, 1939. Premio Municipal, 1939.

PRÓXIMAMENTE:

Noche de las noches. Poemas en prosa.

Rostro de Chile. Poesías.

ESTE LIBRO SE TERMINÓ
DE IMPRIMIR EL DÍA 28
DE JUNIO DEL AÑO
MIL NOVECIENTOS CUA-
RENTA Y SEIS, EN
LA IMPRENTA LÓPEZ,
PERÚ 666, BUENOS AIRES,
REPÚBLICA ARGENTINA.